

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Antonio García del Toro

LOS PERROS
DEL OBISPO

mdrsrs c.1

1083154

8/mayo/06

AMC



TEATRO 2

31 de marzo

acto primero

el padre - Pedro Juan Figueroa
Mrs. Rose - Gladys Rodríguez
Cara - Admaris
la madre - Alba Nidia Díaz
José - Ernesto Concepción, hijo

El mundo escenográfico mostrará la sala, el comedor y la cocina de un pequeño apartamento. Al fondo y a la izquierda dos grandes ventanales. Un mínimo número de muebles y de enseres electrodomésticos forman el decorado.

Al levantarse el telón la escena está completamente vacía. Poco después tocan a la puerta. Pasados unos segundos entra **El padre**, un hombre de unos cincuenta años.

EL PADRE.— Buenas tardes... Buenas tardes. ¿No hay nadie?

(Camina por todo el apartamento. En esos momentos se oye el sonar de las campanas de una iglesia. La puerta se abre nuevamente y entra Mrs. Rose, una norteamericana de avanzada edad que aún conserva destellos de su pasada belleza. Habla el español con un leve acento anglosajón. Trae consigo su pequeña y hermosa gata, Greta.)

MRS. ROSE.— *(Entrando.)* ¿Buscaba a alguien, señor? ¿Cómo entró? *(A la gata.)* Be still!

EL PADRE.— Estaba la puerta abierta. ¿Quién es usted?

MRS. ROSE.— Eso lo puedo preguntar yo. ¿Quién es usted? ¿Acaso viene por el apartamento que tengo desocupado? Si es así, lo siento; aún no está listo para rentarlo. Aunque si quiere puede ver éste, son iguales. Pequeños, pero espaciosos. You Know. Tres grandes ventanales: dos aquí y uno en la habitación... buena salud, por lo tanto. Las ventanas del frente dan a la bahía. Vea... vea que vista más hermosa. Esta bahía es única, sobre todo de noche. ¿Usted es de la capital?

EL PADRE.— No.

MRS. ROSE.— Ya lo decía yo... Pues el apartamento le gustará. La otra ventana del apartamento que le puedo ofrecer da al patio interior de nuestros vecinos, gente high class... you know. Creo que sus padres fueron no sé qué del gobierno... o algo parecido. En resumen gente de mucho dinero, mucho dinero. Ésta, en cambio, es casi beata, da a la iglesia. Bueno, a la iglesia no... a la casa del obispo. ¿Usted es católico?

EL PADRE.— ¿Cómo?

MRS. ROSE.— Digo que si usted es católico; porque, si lo es, se salvó. No tiene que ir los domingos a misa. Desde cualquiera de mis apartamentos, se la puede oír completita.

EL PADRE.— No, no soy católico.

MRS. ROSE.— ¿Ateo, entonces?

EL PADRE.— No creo que ése sea tema de conversación.

(Se oye el ladrido de tres perros.)

MRS. ROSE.— Quiet!, que me espantan la clientela... They're so nice. Uno se asoma y en seguida quieren conversación. Son Beethoven, Mozart y Tchaikovsky... los perros del obispo. Nuestro querido obispo, que por supuesto no conoce, es amante de la música... sobre todo de la música clásica. ¿Qué opina? Do you like it or not? Forget the mess... un poco de imaginación y todo se verá mejor. ¿La renta? De eso hablaremos más adelante. No me gusta aburrir a los clientes con ese tema en nuestra primera conversación. ¿Le gustan los gatos?

EL PADRE.— No y... menos los perros.

MRS. ROSE.— Lástima. They're so cute.

EL PADRE.— Creo que se ha equivocado, señora. No estoy interesado en alquilar éste ni ningún apartamento.

MRS. ROSE.— ¡No! ¿Y para qué ha entrado? ¿Por qué ha violado la intimidad de este lugar? ¿Sabe que por eso lo pueden meter a la cárcel?

EL PADRE.— Buscaba a mi hijo. Ésta es su dirección, así que entré. Creí encontrarlo aquí.

MRS. ROSE.— ¿Su hijo?

EL PADRE.— Sí, soy el padre de José.

MRS. ROSE.— ¿El padre? Extraño. Creía que José era huérfano.

EL PADRE.— ¿Huérfano? ¡Qué tontería!

MRS. ROSE.— Nunca mencionó que tuviera padre, además... Sí, estoy segura. Era huérfano.

EL PADRE.— Ésa es quizás una situación que podría explicarse. Hace tiempo que no nos vemos. Por mis negocios he vivido fuera del país por algún tiempo.

MRS. ROSE. — Algún tiempo... Mi nombre es Rose Fuentes, Fuentes por mi marido... pero aquí todos me conocen como Mrs. Rose. Vivo en esta casa desde hace más de veinte años; y desde la muerte de mi querido marido dividí la casa y alquilo apartamentos... por lo general... a jóvenes universitarios. Conozco sus vidas y con el pasar de los años... todos los muchachos que han vivido aquí han llegado a formar parte importante de la mía. No tengo hijos. Nunca los tuve, aunque traté. El muchacho ha vivido aquí durante... *(pausa)* durante mucho tiempo y usted nunca ha llamado, nunca le ha escrito, nunca ha llegado hasta aquí... y ahora llega y dice que es su padre.

EL PADRE. — Ya le dije antes, señora... los negocios... Además no creo que sea usted la persona apropiada para que yo hable de mi hijo.

MRS. ROSE. — ¡Su hijo! ¿Sabe usted acaso lo que es un hijo?

EL PADRE. — Señora, no le permito...

MRS. ROSE. — Get out!

EL PADRE. — Usted no tiene derecho a echarme. Ésta es la casa de mi hijo y lo esperaré hasta que llegue.

MRS. ROSE. — ¿Lo esperará? Perderá su tiempo, señor. *(Mirando la foto que está sobre la estantería.)* No vendrá. *(A la gata.)* What's the matter, pumpking?

EL PADRE. — ¿Se ha mudado? ¿Por qué no lo dijo antes? ¿Por qué me ha hecho perder mi tiempo?

MRS. ROSE. — ¡Su tiempo! Su valioso tiempo, ¿no es así?

EL PADRE. — Claro, señora. ¿Usted tiene su nueva dirección?

MRS. ROSE. — ¿Desde cuándo no habla con su hijo o desde cuándo no lo ve?

EL PADRE. — ¿Desde cuándo? Hará... varios años. Su madre y yo nos divorciamos.

MRS. ROSE. — Se divorciaron y usted... se divorció también de su hijo.

EL PADRE. — No entiendo lo que quiere insinuar.

MRS. ROSE. — ¿No entiende?, pues está clarísimo. Digo que se divorció de su mujer y se olvidó de su hijo.

EL PADRE. — Usted no debe interpretar algo que no conoce.

MRS. ROSE. — ¿Sabe cuántas veces he escuchado esa historia? Los nombres de los personajes quizás sean distintos, pero la historia es siempre la misma.

EL PADRE. — Su madre y yo no nos entendíamos. Nos casamos muy jóvenes y la juventud, señora, usted tiene que conocerla. Cuando se es joven se tienen tantas ilusiones que uno olvida en ocasiones las obligaciones que un matrimonio puede acarrear.

MRS. ROSE. — Así que se divorció y desde entonces no ha visto a su hijo.

EL PADRE. — Tenía cinco años, entonces. El día que me fui de la casa lloraba. Eso sí lo recuerdo muy bien. De eso hace quince años.

MRS. ROSE. — Sixteen, sir. Han pasado dieciséis.

EL PADRE.— ¡Dieciséis! Tiene razón, dieciséis. Ahora tendrá veintiún años.

MRS. ROSE.— Y durante todo ese tiempo nunca lo ha visto. Nunca se ha interesado por él.

EL PADRE.— *Traté... varias veces traté. Pero... primero por rabia... luego mi segunda mujer no quería que yo mantuviera vínculos con mi mujer anterior. Usted sabe, celos. Ella siempre creyó que yo nunca había dejado de amar a mi primera mujer.*

MRS. ROSE.— Y usted la complació. Olvidó a su hijo. Por amor a su mujer olvidó a su hijo. Una situación sumamente conmovedora.

EL PADRE.— No creo que sea oportuno que usted, una desconocida, se burle de mi estupidez.

MRS. ROSE.— Por lo menos ahora reconoce que fue una estupidez. ¿Tuvo más hijos?

EL PADRE.— No, señora. Me operé. En el fondo, aunque no creo que usted me comprenda, en el fondo no quise que la historia se repitiera.

MRS. ROSE.— ¿Y su mujer le permitió que viniera hoy a buscar a su hijo?

EL PADRE.— Estoy en trámites de divorcio.

MRS. ROSE.— ¡Un segundo divorcio! Al menos este matrimonio le duró más.

EL PADRE.— ¡Cuánta ironía, señora!

MRS. ROSE.— La situación lo amerita, señor. Two failures!

EL PADRE.— Dos, no. Cuatro, señora.

MRS. ROSE.— ¿Cuatro?

EL PADRE.— Sí, me estoy divorciando de mi cuarta mujer.

MRS. ROSE.— Pero usted... perdóneme... se cree árabe.

EL PADRE.— He sido siempre un marido muy fiel. Mala suerte, digo yo.

MRS. ROSE.— Inseguridad, tal vez, digo yo. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué razón ha tenido una vida tan poco estable?

EL PADRE.— Los negocios, tal vez, diría usted.

MRS. ROSE.— Yo no. ¿Por qué tendría yo que interpretar su inseguridad?

EL PADRE.— Tal vez sea que no ha nacido aún la mujer que pueda comprender mi vida y mis aspiraciones. Eso, tal vez, sea eso. *(Toma la foto que está en la estantería.)* ¿Quién es el otro de la foto?

MRS. ROSE.— ¿Reconoce a su hijo?

EL PADRE.— Sí, aunque le parezca extraño, sí.

MRS. ROSE.— Envidiable su memoria, señor.

EL PADRE.— ¿Siempre es tan sarcástica, señora?

MRS. ROSE.— No. Isn't that right, Greta? Sólo cuando la situación lo amerita. *(Pausa.)*

Es el mejor amigo de su hijo. Se parecen un poco, ¿no? Se conocen hace tiempo. Vivían aquí juntos; luego, por razones que no vienen al caso, decidió mudarse.

EL PADRE.— Mi hijo está hecho un hombre.

MRS. ROSE.— Señor, los años no pasan en vano. ¡Son dieciséis! Don't forget it!

EL PADRE.— No lo olvido... y usted esta aquí para recordármelos. Colecciona ceniceros, por lo que veo.

MRS. ROSE.— Sí, ceniceros, fósforos y también botellas de cerveza. Verdaderamente esas colecciones las comenzó su amigo, ése de la foto; al mudarse, su hijo decidió continuarlas.

EL PADRE.— ¿Fuma y bebe, entonces?

MRS. ROSE.— Se equivoca, ya ni lo uno ni lo otro. ¿Cómo supo su dirección?

EL PADRE.— Hace algunos meses me encontré, por casualidad, con una hermana de mi mujer... quiero decir de la madre de mi hijo. Ella me la dio.

MRS. ROSE.— ¡También tiene una tía! Extraño, durante todo el tiempo que ha vivido aquí ninguno de ustedes lo ha visitado... y tampoco oí al muchacho mencionarlos nunca. ¿Sabía, por ejemplo, que el año pasado obtuvo un premio en el concurso literario de su universidad? Escribió un short story hermosísimo. We were so proud of him. Siempre confié en que podía llegar a ser un buen escritor... Ésta es su maquinilla... Pasaba las horas sentado aquí.

EL PADRE.— ¿Pasaba?

MRS. ROSE.— Hace algunas semanas que dejó de escribir. Estaba atormentado con el fracaso.

EL PADRE.— ¿El fracaso?

MRS. ROSE.— Sí, el fracaso. Deseaba tanto triunfar que la sola idea del fracaso no lo dejaba vivir tranquilo.

EL PADRE.— (*Se acerca a la maquinilla y lee.*) "Entonces entendí que era inútil continuar..."

MRS. ROSE.— (*Repite.*) "Entonces entendí que era inútil continuar..." Eso fue lo último que escribió. Día tras día y siempre un gran silencio...

EL PADRE.— ¿Silencio?

MRS. ROSE.— Sí, durante las pasadas semanas nunca habló con nadie. Sólo con su mejor amigo, ése de la foto. Con él sí hablaba.

EL PADRE.— ¿Su diario?

MRS. ROSE.— Sí, su diario. En él tenía la costumbre de apuntar todo en clave.

EL PADRE.— ¿Tenía la costumbre?

MRS. ROSE.— Sí, también el diario pertenece al pasado. No sé por qué razón creyó oportuno no escribir nada más en él.

EL PADRE.— (*Abre el diario y lee.*) "Vida igual a abandono. Vida, camino sin esperanzas... Querido diario, querido confidente... ¿Sabes lo que es el amor y el calor de un hogar? ¿Conoces la palabra cariñosa de tus padres?" (*Cierra el diario.*) Esto no tiene sentido,

señora.

MRS. ROSE. — ¿Por qué? ¿Por qué lo cree?

EL PADRE. — Las palabras de mi hijo exteriorizan un mundo...

MRS. ROSE. — ¡Su mundo, señor!

EL PADRE. — *(Pausa.)* ...un mundo del que ahora creo soy responsable.

MRS. ROSE. — Cuando entró le dije que creía que era huérfano... Siempre lo repetía. "Mrs. Rose, estoy solo en el mundo. Gracias a usted he encontrado el cariño que tanto me hacía falta para poder seguir adelante y triunfar."

EL PADRE. — Entonces, su madre tampoco se ocupó de él.

MRS. ROSE. — Nunca conocí tampoco a su madre.

EL PADRE. — ¿Dónde está, señora? Tengo que verlo. Quizás ahora que estaré solo... tal vez podamos comenzar la vida juntos. Olvidaré mis negocios por un tiempo... y estaré aquí con él. Quiero darle ese cariño que olvidé le correspondía.

MRS. ROSE. — Antes le dije que ya era tarde. No regresará. Lo dejaré solo un momento. Necesita estarlo. *(Haciendo mutis.)* Trate, por lo menos, de recobrar algo de este mundo que desconoce. *(En la puerta.)* Si hubiera venido quizás hace unas semanas, todo hubiera sido tan distinto. Ahora ya es demasiado tarde. It's too late.

EL PADRE. — Señora, no me deje solo.

MRS. ROSE. — I'll be back soon. Llevaré a Greta a casa. Está un poco inquieta. De paso buscaré su nueva dirección. *(Sale.)*

EL PADRE. — *(Después de un gran silencio.)* Tiene razón la señora. Estoy ante un mundo completamente desconocido. Tendrás que perdonarme, hijo. Nunca quise... mejor dicho nunca pensé que te haría falta un padre. Tenías a tu madre. Ella te quería tanto que... *(Se detiene junto a la grabadora del teléfono y escucha los mensajes.)*

UNA VOZ FEMENINA. — Sé que estás ahí... Insistiré hasta que decidas escucharme. *(Pausa.)* Soy yo otra vez. No seas tonto. Te quiero, sabes que te quiero. Necesito verte. Volveré a llamar cuando regrese de casa de mis padres.

UNA VOZ MASCULINA. — Paco, dile a Carmencita que estaremos en su casa a las ocho.

(Después de una pausa se escucha una trompetilla.)

OTRA VOZ FEMENINA. — Hijo, hace semanas que te llamo y nunca nadie responde... Menos mal que hoy tienes la máquina. Soy tu madre. Necesito verte. Tengo un asuntito que discutir contigo. Te llamaré después. No me llames a casa, sabes que a mi marido no le gusta que lo hagas...

EL PADRE. — *(Deteniendo la máquina.)* "A mi marido no le gusta que lo hagas..." ¡Bonita pareja que hacemos!

(Entra Lara. Es una muchacha de unos veinte años. Su personalidad sincera forma parte de su hermosura.)

LARA. — Mrs. Rose me dijo que usted estaba aquí. Así que sentí curiosidad por conocerlo.

EL PADRE. — ¿Curiosidad? ¿Por qué? ¿Acaso soy un espécimen raro?

LARA. — Algo parecido, creo yo. Así que usted es su padre.

EL PADRE. — Sí, y usted... ¿quién es?

LARA. — Soy... bueno... fui hasta hace dos semanas... para ser exacta dos semanas con tres días... las horas y los minutos ya no tienen importancia... ¿no es cierto? Fui, hasta ese tiempo que le indiqué, su novia.

EL PADRE. — ¿Por qué terminaron? Si es que puedo saberlo.

LARA. — Puede. Después de todo ya no tiene importancia, ya no tiene importancia. Un día me llamó. Eran alrededor de las cinco de la tarde. Me llamó y me dijo: "Lara, tengo que decirte algo." Y me lo dijo. "No te quiero. No te quiero y no quiero arruinar tu vida. Encontrarás a alguien que te necesite y con quien puedas hacer tu futuro. Yo no te merezco."

EL PADRE. — ¿Y todo terminó?

LARA. — ¿Romántico, ¿no? Después de tres largos meses, me dejó así porque sí. Claro, todo tenía una explicación. No quería hacerme daño. Él lo dijo y sólo ahora lo entiendo. No quería caer en el mismo error de sus padres.

EL PADRE. — ¿De nosotros?

LARA. — Sí, tenía mucho miedo al matrimonio. Siempre me dijo que el día que nos casáramos sería para toda la vida. Pero el temor a fallar, a no poder sobrellevar bien el matrimonio, lo obsesionaba y ahora comprendo todo.

EL PADRE. — ¿Todo?

LARA. — ¿No se divorciaron ustedes?

EL PADRE. — ¿Cómo lo sabe?

LARA. — Sencillo, Mrs. Rose me lo dijo cuando fue a verme.

EL PADRE. — ¿Fue a verla?

LARA. — Sí, vivo aquí abajo. Era su vecina.

EL PADRE. — Por eso se mudó.

LARA. — ¿Se mudó?

EL PADRE. — Claro, se mudó, ¿no?

LARA. — Si usted quiere llamar a eso mudanza. Sí, se mudó. En el fondo es una mudanza.

Lástima que para poder visitarlo hay que sacrificar tanto.

EL PADRE. — ¿Por qué? ¿Vive lejos?

LARA. — ¿Bromea?

EL PADRE. — ¿Por qué razón he de hacerlo?

- LARA. — ¿Piensa que es un lugar que podamos visitar así tan fácilmente, sin ninguna consecuencia?
- EL PADRE. — Demé su dirección, tengo que buscarlo y pedirle perdón por tanto abandono, por...
- LARA. — Entiendo, Mrs. Rose no le dijo nada.
- EL PADRE. — No. No me dijo su dirección. Al bajar, dijo que iría a buscarla; pero aún no regresa.
- LARA. — Tenga. Aquí está su dirección. (*Le entrega un frasco de pastillas.*)
- EL PADRE. — ¿Aquí? ¿En este frasco? Comprendo, vive cerca de la farmacia... gracias.
- LARA. — ¡No! (*Iniciando mutis.*) Dejo nuestra conversación. Es ridícula.
- EL PADRE. — ¿Ridícula, señorita, por qué?
- LARA. — (*Quitándole el frasco.*) Su hijo, señor, utilizó una sobredosis de estas pastillas para hacer su mudanza.
- EL PADRE. — No es hora para bromas, joven. Respete mis años.
- LARA. — Cree que podría bromear con la vida de la persona que más he amado en los últimos años.
- EL PADRE. — (*Después de una pausa.*) "Entonces entendí que era inútil continuar..." Ahora todo está claro. Dios mío, ¿por qué?
- LARA. — ¿Por qué? Era un muchacho estupendo: lleno de vida, pero también atormentado por mil situaciones. Era brillante. ¿Sabe que ganó un premio literario?
- EL PADRE. — Sí.
- LARA. — Conservo todas las copias del cuento en mi apartamento. Luego quizás le pueda dar una, si le interesa.
- EL PADRE. — Claro.
- LARA. — Era un novio como hay pocos. Siempre se preocupaba por mis cosas... por mis estudios, por mi salud... Era un joven moderno, eso sí, pero un caballero. Me trataba como toda una dama.
- EL PADRE. — ¿Cuándo ocurrió todo?
- LARA. — Hace tres días. (*Llora.*) Tres días y yo no estaba aquí para estar con él, para acompañarlo hasta su última morada. Le fallé.
- EL PADRE. — ¿Cómo ocurrió todo?
- LARA. — Hacía días que Mrs. Rose no lo veía y eso comenzó a extrañarle. Siempre que llegaba entraba a su casa. Tomaba café y luego subía. Sin embargo, hacía una semana que sólo lo escuchaba llegar. Así que subió para ver que pasaba. Llamó a la puerta y no contestó. Entonces decidió abrir con su llave y al hacerlo lo encontró muerto sobre su cama. Murió en silencio, como vivió durante los últimas semanas de su vida.
- EL PADRE. — Quizás haya sido una solución precipitada.

LARA.— No, su suicidio no fue precipitado. Creo que hace semanas lo tenía en mente. Primero dejó de escribir, luego terminó conmigo. En la última conversación entendí que quería que lo odiara, que lo olvidara. "No te quiero...", me dijo, "...y basta de llantos y tonterías. No soy hombre para atarme a ninguna mujer y menos a una como tú que en lo único que piensa es en el matrimonio."

EL PADRE.— ¿Tenía problemas económicos?

LARA.— Claro que no. Su hijo... ¡Qué irónico suenan esas palabras! Él tenía siempre trabajo. Estudiaba periodismo igual que su amigo... Siempre he sospechado que José le hacía todos los trabajos. Su hijo escribía algunos artículos para un periódico de la capital y los firmaba con un seudónimo. Además hacía traducciones. Dominaba tres idiomas. ¿Lo sabía?

EL PADRE.— No.

LARA.— Pues sí... Así se ganaba la vida, escribiendo. Además tenía una beca para pagar sus estudios, era muy inteligente. (*Melancólica.*) Escribió poemas hasta que nos conocimos. Luego dijo que esa etapa de su vida había terminado. Siempre decía que la poesía la escriben aquéllos que sufren penas de amor... No la escribía, pero amaba. ¿Conoce a Lorca?

EL PADRE.— No.

LARA.— Era su poeta favorito. Federico García Lorca, fue un poeta y dramaturgo español que murió asesinado durante la Guerra Civil. Yo estudio biología, pero con él comencé a conocer el mundo fascinante de la literatura.

EL PADRE.— ¿Tenía problemas con la policía? ¿Acaso usaba drogas?

LARA.— ¡Qué extraño! Mrs. Rose me dijo que esas mismas preguntas las hicieron los hombres de la policía. Quien no conoce a una persona entonces puede hacer esas preguntas. Su hijo, señor, era un hombre sano. Nunca, por más problemas que tuviera hubiera podido usar drogas. No tomaba bebidas alcohólicas y no fumaba.

EL PADRE.— ¿Y por qué coleccionaba ceniceros, fósforos y tantas botellas?

LARA.— Eran colecciones de su amigo... ése sí que fuma y bebe como un desesperado.

EL PADRE.— Veo.

LARA.— Su vida, su mundo... estaban aquí en este cuarto. No era muy ordenado que digamos. Y durante los últimas semanas todo fue peor. Todo lo que estaba a su alrededor se fue derrumbando. (*Recoge algunas cosas y las coloca en su lugar.*)

EL PADRE.— ¿Lo quería mucho, verdad?

LARA.— No lo dude. Pero, sin embargo, fui cobarde y no supe comprender sus problemas...

EL PADRE.— Si me lo permiten, quisiera encargarme de sus cosas.

LARA.— Imposible.

EL PADRE.— ¿Por qué?

LARA. — Dejó testamento.

EL PADRE. — ¿Dejó testamento?

LARA. — Bueno... escribió una nota de despedida y en ella dice a quien le corresponde todo lo que deja. Claro que ahora... estando usted... las leyes lo apoyarán. ¡Son tan irracionales!

EL PADRE. — ¿Irracionales?

LARA. — Sí, porque nada de lo que hay aquí le corresponde a usted.

EL PADRE. — ¿Llamaron a su madre?

LARA. — Todavía no entiende que lo creíamos huérfano.

EL PADRE. — Claro, lo olvidaba.

LARA. — Todos sus poemas y todo aquello que escribía a diario Enrique Enríquez...

EL PADRE. — ¿Enrique Enríquez?

LARA. — Su seudónimo, ¿no recuerda? No quería prejuicios.

EL PADRE. — ¿Prejuicios?

LARA. — Sí, pensaba que la gente del periódico podía sentir envidia... como era tan joven.

Aquí está la nota. *(Lee.)* "A mi querida Lara dejo toda mi obra literaria, aunque poca sé que sabrá comprenderla y apreciarla. A mi querido e inseparable amigo Pepe dejo mi ropa y todas mis pertenencias personales... ya que en el fondo fueron nuestras antes de ser mías. A Mrs. Rose le dejo los recuerdos y el amor de un hijo y, aunque sean cosas materiales, también le dejo todos mis muebles, para que cuando alquile el apartamento pueda ganar más dinero..." ¿Quiere verla?

EL PADRE. — *(Tomando la nota.)* Sí, claro. Tenía una letra bastante clara. *(Buscando entre sus papeles.)* Tengo que llamar a su madre. Tiene que saberlo.

LARA. — Ya es un poco tarde.

EL PADRE. — Aunque así sea. Estaba seguro de que tenía su número aquí... No está. Bueno bajaré, tal vez esté en una libretita que tengo en el automóvil. *(Iniciando mutis.)* No se vaya quiero seguir hablando con usted. Necesito saber más.

LARA. — No me iré, despreocúpese.

MRS. ROSE. — *(Entrando con unos líquidos para la limpieza.)* Are you leaving?

EL PADRE. — No, bajo sólo un momento. No tardaré mucho. *(Antes de salir.)* ¿Le debía algo mi hijo?

MRS. ROSE. — No tiene que preocuparse por eso ahora, señor. Su hijo me pagó siempre. Me pago con creces.... me dio su amor.

EL PADRE. — No sea cruel, señora. Comprenda mi dolor. *(Sale.)*

LARA. — ¿No cree que es sincero... verdad, Mrs. Rose?

MRS. ROSE. — No puede serlo un hombre que nunca se ocupó de su hijo, un hombre que durante dieciséis años vivió lejos de él. ¿Crees verdaderamente que pueda ser sincero ahora que sabe que está muerto? No puedo ser tan buena, Lara. I'm sorry.

LARA. — ¿Entonces?

MRS. ROSE. — Entonces está afligido, pero no por el muchacho. Está así porque su conciencia comienza a atormentarlo.

LARA. — Parecía un policía haciendo preguntas. Usted no le había dicho que había muerto.

MRS. ROSE. — No me pareció oportuno. Sinceramente, no me dio la gana. ¿Sabes que lo confundí? Creía que era un padre en busca de un apartamento para su hijo y... claro los muy graciosos en seguida comenzaron con su canción. Si no fuera por el respeto que le tengo al obispo, hace tiempo que los hubiera envenenado. God forgive me!

LARA. — Quisiera mudarme, Mrs. Rose. Irme lejos.

MRS. ROSE. — No.

LARA. — ¿Por qué?

MRS. ROSE. — No es saludable. Sería atormentarte cada vez más. Tú lo quisiste. Le diste tu amor. Ahora, basta, la vida continúa. Lo recuerdos deben pertenecer al pasado. En poco tiempo, José pertenecerá al pasado.

LARA. — Tal vez tenga razón. *(Pausa.)* ¿Qué hará con los muebles?

MRS. ROSE. — Haré su voluntad. Alquilar el apartamento amueblado.

LARA. — *(Desde la ventana.)* No creo que sea una mala persona.

MRS. ROSE. — ¿Quién?

LARA. — El padre. Parece que no encontró el número.

MRS. ROSE. — ¿A quién debe llamar?

LARA. — A su ex mujer. Se marcha.

MRS. ROSE. — Great! Ya nada tienen que buscar aquí.

LARA. — Mrs. Rose, ¿por qué lo hizo? Desde que llegué no he podido dormir... He pensado en cada una de sus palabras y no encuentro solución. No tiene sentido su escapatoria.

MRS. ROSE. — Para nosotras quizás, no. Para él sí. Su muerte tal vez haya sido el resultado de una larga interrogación. Hasta que te conoció siempre fue un muchacho tan solitario. Necesitaba cariño. Creo que en el fondo ahí estuvo el problema. Esos padres que aparecen ahora, tal vez, fueron los responsables de su dolor.

LARA. — No lo creo. Cuando nos hacemos hombres tenemos que dejar atrás la infancia y comenzar a vivir nuestra propia vida. El divorcio y el abandono de los padres pueden doler; pero, Mrs. Rose, él tenía tantas otras cosas por las que luchar.

MRS. ROSE. — Tal vez tengas razón. Pero hay seres que siempre necesitan el calor de un hogar propio. Conocer a sus padres, sentirse queridos y respetados por ellos. Eso, tal vez... tal vez, eso lo obsesionaba.

LARA. — ¿Volverá?

MRS. ROSE. — Who knows?

LARA. — Claro, no encontró su número y fue personalmente a buscarla.

MRS. ROSE. — *(Saliedo.)* Estaré en el cuarto. Si llega me avisas. Quiero limpiar y recoger un poco sus cosas.

LARA. — ¿Pepe vendrá por ellas?

MRS. ROSE. — *(Desde adentro.)* What?

LARA. — ¿Vendrá Pepe por las cosas de José?

MRS. ROSE. — *(Igual.)* Claro, seguramente hoy o mañana.

LARA. — *(Desde la ventana que da a la bahía.)* El día está triste, muy triste...

(Un cambio de luz marcará el pasar del tiempo.)

LARA. — Mrs. Rose, ¿qué hora es?

MRS. ROSE. — *(Desde adentro.)* No sé.

LARA. — Tarda mucho. Hace casi una hora que se fue y...

MRS. ROSE. — No regresará. I told you.

(Se oye el ladrar de los perros.)

LARA. — *(Va junto a la ventana.)* Se equivocó, Mrs. Rose. Llegó.

MRS. ROSE. — *(Entrando.)* ¿Llegó?

LARA. — Sí, pero viene solo.

MRS. ROSE. — No es fácil encontrar a alguien que no has visto por tanto tiempo.

LARA. — Ella llegará más tarde. Me imagino que vendrá en otro...

(Llaman a la puerta.)

MRS. ROSE. — Adelante, la puerta está abierta.

EL PADRE. — *(Entrando.)* Hablé con su madre. Viene en seguida.

MRS. ROSE. — ¡Viene en seguida! Tardó mucho tiempo cuando verdaderamente la necesitaba... Sin embargo, ahora viene en seguida.

EL PADRE. — Señora, deje sus ironías; ya estará Dios para juzgarnos.

MRS. ROSE. — I'm so sorry. Siento tanto su muerte que me parece estúpido descubrir ahora un pasado que quizás hubiera podido evitar la tragedia.

EL PADRE. — Fui débil. Lo reconozco, pero...

MRS. ROSE. — Sus espejuelos estaban en el baño, Lara. ¿Sabía, señor, que su hijo usaba espejuelos?

EL PADRE. — No.

MRS. ROSE. — Sí, era miope. Tenía la vista cansada de tanto leer y escribir. Todos los días

la misma historia. Pasaba las horas sentado en este escritorio... En el baño encontré también tres cajas vacías de galletas. ¿Sabía acaso que le gustaba comer mucho?

EL PADRE.— No, señora.

MRS. ROSE.— Comía como un desesperado. Siempre que lo invitaba acababa con todo... tenía dos estómagos. Estoy segura. (*Mostrando una raqueta que tiene en las manos.*) Era deportista.

LARA.— Sí, jugaba tenis, baloncesto y...

MRS. ROSE.— ...y ajedrez. Aquí está su tablero. Era un campeón. Hace unos años participó en un torneo con un ruso. Desgraciadamente, no ganó. El condenado ruso era mejor que él. No ganó, pero jugaba muy bien. ¿Lo sabía?

EL PADRE.— No, señora.

MRS. ROSE.— ¿Sabía que administraba el dinero de sus amigos? Era un as en las matemáticas; por eso todos le confiaban sus economías. ¿Lo sabía?

EL PADRE.— Señora, basta. No pierda su tiempo en mortificarme. Basta, no deseo oírla más.

MRS. ROSE.— Debe agradecerme, al menos, que le estoy permitiendo conocerlo un poco.

EL PADRE.— Perdóneme, estoy algo nervioso.

LARA.— ¿Quiere que le traiga un poco de café, té o alguna otra cosa?

EL PADRE.— No, señorita. No se moleste. (*Junto a un mapa que está pegado a la pared.*) ¿Sus viajes?

LARA.— No, son los países que le hubiera gustado conocer. Pensábamos recorrerlos juntos. Le gustaba conocer gente. Decía que era algo necesario para un escritor. (*Llora.*) Perdóneme. (*Sale hacia la habitación.*)

MRS. ROSE.— Lara, pequeña.

EL PADRE.— Lo quería mucho, por lo que veo.

MRS. ROSE.— Mucho. Pero él odiaba el matrimonio y los padres de ella nunca hubieran permitido que viajaran juntos sin casarse. Ella es judía; su hijo, católico. Antes de conocerla se pasaba las noches sentado junto a esta ventana. Decía que desde aquí se estaba más cerca de Dios. Beethoven, Mozart y TchaiKovsky eran sus amigos. Quiet! Siempre les tiraba algo de comer. (*A El padre, que camina por la habitación.*) No dé tantas vueltas. Me pone nerviosa. ¿Por qué tantos nervios? Estoy segura que él ahora está feliz y... aunque usted tendrá que rezar mucho para su salvación, será perdonado. Desgraciadamente, no es el primero ni el último de los hombres que se equivoca.

EL PADRE.— ¿Me odia, señora?

MRS. ROSE.— ¿Por qué? ¿Tengo motivos?

EL PADRE.— Por el amor que sentía por mi hijo, tal vez sí.

MRS. ROSE.— Sabe... también yo me casé muy joven. Y cinco meses después del matrimo-

nio me enteré de que no podía tener hijos, que era completamente estéril.

EL PADRE. — ¿Su marido la abandonó?

MRS. ROSE. — Sí, él quería un hijo y yo no podía dárselo.

EL PADRE. — ¿Por eso odia a los hombres?

MRS. ROSE. — Hate them? *(Pausa.)* No.

EL PADRE. — ¿Entonces?

MRS. ROSE. — Simplemente, no perdono el abandono de un marido y menos el abandono de un padre o una madre.

EL PADRE. — *(Nervioso.)* Mi reloj no funciona. ¿Qué hora es?

MRS. ROSE. — No sé. Sobre el escritorio está el reloj de su hijo.

EL PADRE. — Gracias. *(Después de mirar la hora.)* No debe tardar.

MRS. ROSE. — ¿Quién?

EL PADRE. — Su madre.

MRS. ROSE. — Cierto, olvidaba que le había hablado.

EL PADRE. — Siento curiosidad.

MRS. ROSE. — ¿Curiosidad? Es obvio, por eso está nervioso.

EL PADRE. — Son tantos años sin verla.

MRS. ROSE. — Sí, tantos años y tantos matrimonios.

EL PADRE. — Ella también se ha casado algunas veces.

MRS. ROSE. — Do you still love her?

EL PADRE. — Quererla... ¿por qué? Si me divorcié de ella fue porque no la quería.

MRS. ROSE. — No siempre la falta de amor es la causa de un divorcio.

EL PADRE. — Tarda demasiado. Dijo una hora.

MRS. ROSE. — Las mujeres no somos muy puntuales. ¿Dónde vive?

EL PADRE. — No lo sé. Fui a casa de su hermana. Ella me dio los teléfonos de su oficina. Hoy está en una reunión aquí cerca, así que me dijo que vendría en seguida. Vive fuera de la ciudad, creo. Es abogada.

MRS. ROSE. — Una mujer muy ocupada, entonces. Los negocios, igual que usted. *(Después de una pausa.)* ¿Por qué volvió a casarse?

EL PADRE. — ¿Por qué? En la vida, señora, tenemos que tratar suerte. No cree?

MRS. ROSE. — Un segundo matrimonio es un segundo riesgo. Después quizás puede venir un tercero y así sucesivamente. Mire usted esas artistas de ahora. La Taylor, por ejemplo, se casa con uno todas las semanas. ¿Puede haber amor?

EL PADRE. — Hay que arriesgarse y el amor depende de cada persona.

MRS. ROSE. — En su caso, ¿ha habido amor en todos sus matrimonios?

EL PADRE. — *(Después de una pausa.)* No. Creo que no. El primer matrimonio fue la ilusión. Después pienso que me he casado por necesidad. Siempre he necesitado tener a mi

lado a una mujer, una esposa.

MRS. ROSE.— Una esclava, ¿no?

EL PADRE.— ¿Por qué una esclava?

MRS. ROSE.— Porque ustedes los hombres piensan que las mujeres estamos hechas sólo para servirles, para lavar, para limpiar, etc...

LARA.— *(Entrando.)* Llegó. Viene subiendo las escaleras.

MRS. ROSE.— ¿Quién llegó?

LARA.— La mamá de José.

EL PADRE.— Creo que voy a necesitar el café que antes me ofreció.

LARA.— Prepararé para todos.

(Lara abre la puerta y La madre entra. Es una mujer elegante de unos cincuenta años.)

LARA.— *(A La madre.)* ¿Usted también necesita un poco de café?

LA MADRE.— ¡Extraña bienvenida! Sí, claro. Un poco de café hace falta. Buenas tardes.

LARA.— En seguida lo prepararé. ¿Usted quiere, Mrs. Rose?

MRS. ROSE.— Of course, Lara. ¿Es usted la madre de José?

LA MADRE.— Usted tiene que ser la casera, aunque... no creo recordarla.

MRS. ROSE.— Claro, nunca nos hemos visto, señora. *(Iniciando mutis.)* Tendrán tantas cosas que decirse que será mejor que ayude a Lara a preparar el café. *(Sale.)*

EL PADRE.— Gracias, señora. ¡Cómo has cambiado!

LA MADRE.— Los años no pasan en vano.

EL PADRE.— Te ves muy elegante.

LA MADRE.— Gracias. *(Sonríe.)* Como podrás apreciar ya no soy la muchachita de pueblo ingenua y temerosa del mundo. Tampoco soy ya aquella que creyó en tus palabras de amor.

EL PADRE.— Pienso que en el fondo sigues siendo la misma.

LA MADRE.— *(Mientras observa con detenimiento el apartamento.)* ¡Qué pequeño es todo!

EL PADRE.— Nunca habías estado aquí.

LA MADRE.— ¡Qué desorden! No, nunca. Tengo poco tiempo. Además mi marido no ve con buenos ojos... Tu mirada es la misma de siempre, penetrante. Le envío siempre su mensualidad. Dinero no le falta. Porque mi hijo ha vivido gracias a mí... ya que su padre nunca se ocupó de él.

EL PADRE.— No es hora de reproches.

LA MADRE.— No te reprocho nada, sólo comentaba la verdad. ¿Cuándo, durante todos estos años, te has ocupado de él? Nunca.

EL PADRE.— Tú, en cambio, sí. La casera dijo que nunca te había visto.

- LA MADRE.— ¡Qué importa lo que diga esa mujer! Es una farsante, se lo he dicho siempre a nuestro hijo.
- EL PADRE.— ¿Desde cuándo no le hablas?
- LA MADRE.— La última vez que hablamos fue... hace dos meses, cuando tuvimos una convención en un hotel aquí cerca. Quería que almorzáramos juntos. Lo llamé, pero se negó. Tiene tanto rencor encerrado en esa cabeza.
- EL PADRE.— ¿Hace dos meses?
- LA MADRE.— Sí. *(Junto a la estantería.)* ¿Viste lo grande que está? Éste que está aquí debe ser su mejor amigo. Un tal Pepe.
- EL PADRE.— ¿Hace dos meses?
- LA MADRE.— Sí, hace dos meses.
- EL PADRE.— En la máquina de mensajes hay uno tuyo.
- LA MADRE.— ¿Un mensaje? Sí... llamé hace dos o tres días. Necesitaba hablarle para poder arreglar un asuntito un poco delicado.
- EL PADRE.— ¿Un asuntito delicado?
- LA MADRE.— Sí, papá se está muriendo.
- EL PADRE.— Y quiere verlo, ¿no?
- LA MADRE.— No, eso no es necesario. El viejo ya no reconoce a nadie, sería inútil. Es que... no sé si te acuerdas de la casa que tiene papá en la playa. Hace años cuando José era aún un niño, papá la pasó a su nombre y...
- EL PADRE.— ¿Y?
- LA MADRE.— Mi marido piensa que no sería justo que a la muerte de papá él herede solo. Tiene hermanas, ¿sabes?
- EL PADRE.— No, no lo sabía.
- LA MADRE.— Tengo tres niñas adorables. Quizás algún día las conozcas.
- EL PADRE.— No creo que tengas problemas con la herencia de tu padre. ¿Está grave, entonces?
- LA MADRE.— No sabes la tortura que ha sido. Llevamos cinco años viéndolo morir.
- EL PADRE.— Y no se muere.
- LA MADRE.— ¿Cómo?
- EL PADRE.— Digo que me apena tu dolor. Debe ser horrible ver morir a alguien que uno quiere tanto.
- LA MADRE.— Sin ironías... Sabes muy bien que mi padre fue un canalla. De él sólo me interesa su dinero.
- EL PADRE.— Has cambiado poco.
- LA MADRE.— ¿Por qué lo dices?
- EL PADRE.— Eres la misma de siempre.

LA MADRE.— Gracias a mi ambición, he progresado en la vida.

EL PADRE.— Veo. Ahora eres una importante mujer de negocios, madre de tres adorables pequeñas y tienes un marido al que le sobra el dinero.

LA MADRE.— Correcto.

EL PADRE.— Yo en cambio era un infeliz, sin dinero y lo único que te podía ofrecer era mi amor.

LA MADRE.— ¡Tu amor!

EL PADRE.— Sí, mi amor.

LA MADRE.— Un hombre enamorado no hace lo que tú hiciste.

EL PADRE.— Una mujer enamorada no traiciona.

LA MADRE.— Me casé contigo para salir de las garras de mi padre. Tú lo sabías muy bien.

EL PADRE.— Sí, sabía que no me querías; pero, imaginé que con el tiempo lograría ganarme ese amor que tanto necesitaba.

LA MADRE.— Eras un infeliz y un don nadie. Un iluso policía que se pasaba las noches diseñando casas lujosas para sus amigos. ¡Valiente oficio!

EL PADRE.— Ahora, en cambio, gano mucho dinero. Sufri mucho sabes; pero el iluso policía pudo soportar las crudas noches del invierno de la gran Metrópolis. Noche tras noche la misma ilusión... Ahora el iluso policía es un prominente arquitecto; aunque sigue diseñando casas lujosas para sus amigos. Tengo dinero; pero estoy solo nuevamente.

LA MADRE.— Es tan patético tu panorama. ¿Te divorciaste otra vez?

EL PADRE.— Estoy en trámites.

LA MADRE.— Y la culpa será de ella, ¿no?

EL PADRE.— No, la culpa esta vez es mía. No la amaba y su presencia llegó a estorbarme.

LA MADRE.— El cuarto divorcio, ¿no?

EL PADRE.— Sí.

LA MADRE.— No cambias. Sigues siendo el mismo. Tu inseguridad te traiciona siempre.

EL PADRE.— Tú, en cambio, conseguiste en seguida lo que querías, ¿no?

LA MADRE.— Sí, un marido con dinero y con una posición económica que me permitiera alcanzar mis metas profesionales.

EL PADRE.— Y el dinero de tu marido te compró una carrera.

LA MADRE.— No seas estúpido. Estudié y conseguí mi título sola. Mi marido no tuvo nada que ver con eso; sólo me dio su apoyo moral.

EL PADRE.— Perdona, no quise.

LA MADRE.— No importa. *(Pausa.)* ¿Tardará mucho?

EL PADRE.— ¿El café? Sólo unos minutos más.

LA MADRE.— Nuestro hijo... Al decirme que teníamos que tratar un asunto urgente pensé que él estaría aquí. ¿O esto ha sido una trampa para verme?

EL PADRE. — Sí, ésta fue una trampa del destino.

LA MADRE. — Deja tu romanticismo para otro día. ¿Tardará mucho?

EL PADRE. — Eres una mujer tan poco sensible. Nunca has contemplado de las rosas su belleza.

LA MADRE. — (*Ríe.*) ¡No cambias! ¡Cuántas estupideces! Aún recuerdo nuestras conversaciones en el parque. "Tu serás la estrella que iluminará el camino que día a día..."

EL PADRE. — "Tu serás la estrella que me permitirá caminar sin caer..."

LA MADRE. — Y te caíste.

EL PADRE. — ¿Por qué me traicionaste?

LA MADRE. — Cuando no hay amor, no existe la posibilidad de la traición.

EL PADRE. — Te quería.

LA MADRE. — ¿Me querías? Y me acusaste de adulterio.

EL PADRE. — Lo fuiste. Me engañaste con mi mejor amigo.

LA MADRE. — ¡Tu mejor amigo! No seas zángano. Estaba a tu lado por mí. Espero que ya no seas tan ingenuo.

EL PADRE. — No, los años cambian a uno. He aprendido mucho de la vida. Tú fuiste mi primera gran maestra.

LARA. — (*Entrando.*) ¿Se puede?

LA MADRE. — Adelante.

LARA. — No sé si esté bien de azúcar. No conozco sus gustos.

EL PADRE. — ¡Perfecto! Gracias, joven.

LA MADRE. — ¿Y usted, quién es?

MRS. ROSE. — (*Entrando.*) Lara era la novia de su hijo, ma'm.

LA MADRE. — Si fue la novia de mi hijo, ¿por qué aún visita esta casa? Es un atrevimiento y más aún en su ausencia.

EL PADRE. — Terminaron hace sólo algunas semanas, nuestro hijo no quería casarse.

LA MADRE. — ¡Ah...! Ella aún pretende atraparlo. Estas jóvenes de hoy sólo buscan enredar a jóvenes inocentes.

EL PADRE. — ¡Cállate!

LARA. — Déjela. Ahora poco importan sus palabras.

LA MADRE. — A mis hijas las he educado desde pequeñas, son un primor. Tienen diez, nueve y ocho años. Hoy día tienes que educar a las niñas para que no anden por ahí rebajándose.

LARA. — Señora, ¿sabe cuál fue siempre la mayor aspiración de José? Quería tener una madre como Mrs. Rose. Una mujer sensible, llena de amor para dar sin pretensiones. Una madre comprensible, una madre que estuviera a su lado en los momentos en que él la necesitara.

- LA MADRE. — No aguanto más las insolencias de esta mocosa. Estaré en mi automóvil.
(A El padre, iniciando mutis.) Cuando llegue, me llamas.
- LARA. — Señora, su hijo no vendrá. No vendrá porque está muerto.
- LA MADRE. — *(Se detiene.)* ¡Muerto!
- MRS. ROSE. — Se suicidó. Terminó con su vida. No aguantaba más.
- LA MADRE. — ¿Muerto?
- EL PADRE. — *(Junto a ella.)* Valor, Beatriz, valor... ¿Quieres un poco de agua?
- LARA. — Lo que necesita es un examen de conciencia.
- MRS. ROSE. — Calm down, calm down...
- LA MADRE. — Muerto... ¿cuándo ocurrió?
- EL PADRE. — Hace tres días.
- LA MADRE. — Hace tres días y sólo hoy me llaman.
- MRS. ROSE. — Su hijo siempre nos dijo que era huérfano.
- LARA. — Y lo era digo yo.
- LA MADRE. — *(Débil.)* Nos pueden dejar a solas, por favor. Deseo hablar con mi ex esposo.
- MRS. ROSE. — Como quiera. *(Al salir le entrega una tarjeta a El padre.)* Aquí tiene su nueva dirección.
- EL PADRE. — Gracias.

(Mrs. Rose y Lara salen. Surge un gran silencio.)

- LA MADRE. — ¿Qué hemos hecho, Fernando?
- EL PADRE. — A ti te queda el consuelo de haberlo conocido un poco más que yo.
- LA MADRE. — Era un hombre, y siempre pensé que los hombres tienen que hacer su vida lejos del hogar materno, lejos de una madre que a diario les diga como tienen que hacer las cosas. No soporto el materialismo. Con las niñas es distinto. ¡Era un hombre! Tenía que vivir su propia vida.
- EL PADRE. — También los hombres necesitamos de una mano amiga que nos apoye a diario. Necesitamos de una madre comprensiva que nos vigile desde lejos. Necesitamos sentirnos queridos.
- LA MADRE. — Sin embargo, tú tampoco te ocupaste de él.
- EL PADRE. — Te quise con locura y... cuando las leyes te dieron la razón a ti, traté de olvidar... de rehacer mi vida. Ocuparme de él hubiera sido estar cerca de ti, vigilar tus pasos... y eso hubiera sido una tortura.
- LA MADRE. — Fue el fruto de nuestro amor.
- EL PADRE. — ¿Amor?

LA MADRE.— Sí, amor.

EL PADRE.— Antes dijiste que nunca me habías querido.

LA MADRE.— Mentí. Cuando nos conocimos te amé en seguida. Eras tan tierno, que esa ternura me acercó a ti. Pero mi vida en casa de mis padres cada vez se hacía más difícil. Quería salir del pueblo, huir. No soportaba más a mi padre y... entonces tú me brindaste la oportunidad de irnos lejos. Te amaba, pero luego... allí...

EL PADRE.— Tu ambición pudo más.

LA MADRE.— Sí, pero nuestro hijo fue el fruto del amor y de la pasión. Desde pequeño era tan bello. Tenía el cabello lleno de rizos y era tan gordito.

EL PADRE.— Luego cambió.

LA MADRE.— Todos los niños cambian, hombre.

EL PADRE.— Durante los cinco años que estuvimos casados...

LA MADRE.— Cinco años de sacrificios y de limitaciones, gracias a tu miserable sueldo de policía.

EL PADRE.— Durante los primeros años de nuestro matrimonio pensé que me amabas. Luego, poco a poco, fui comprendiéndolo todo. Hasta que te descubrí en brazos de...

LA MADRE.— Tardaste mucho.

EL PADRE.— (*Levantando la mano para pegarle.*) ¡Maldita ramera!

LA MADRE.— (*Aguantándole la mano.*) Nunca levantes la mano contra una mujer que tiene la razón. Eres un hombre débil, siempre lo has sido. Un hombre que después de casarse creyó que su tarea estaba cumplida. Sólo traía dinero a la casa. Un hombre que poco a poco se fue olvidando de sus obligaciones conyugales.

EL PADRE.— ¿Me fui olvidando? Mientes, eras tú la que me rechazabas cada vez que pretendía tocarte.

LA MADRE.— ¡Basta! Son recuerdos olvidados.

EL PADRE.— Tienes razón, es un pasado... un pasado que ahora está perdido para siempre. (*Pausa.*) Como ves, sin embargo, ahora tienes un problema menos.

LA MADRE.— ¡No seas sarcástico! Quería a nuestro hijo.

EL PADRE.— No pensaba en eso. Lo decía por la herencia de tu padre. Ahora tu marido no tendrá porque preocuparse. La casa de la playa será para tus adorables hijitas. (*Inicia mutis.*)

LA MADRE.— ¿Adónde vas?

EL PADRE.— Lejos del pasado. Creo que nuestro encuentro ha durado demasiado.

LA MADRE.— Cierto. Ya no estamos preparados para encontrarnos sin herirnos. Muerto... ¿No te parece imposible? Nuestro hijo muerto, aún no había vivido lo suficiente.

EL PADRE.— Ése es el destino del hombre y nunca podremos descifrarlo. La vida como la muerte están predestinadas. Algunos vivimos más, otros...

LA MADRE. — ¡Pero nuestro hijo se suicidó!

EL PADRE. — Aún más extraño el destino. El suicidio creo que es la acción más valiente.

LA MADRE. — ¡Es una cobardía imperdonable!

EL PADRE. — En el fondo es ambas cosas. Por un lado hay que ser valientes para hacerlo; por otro, cobardes al no poder soportar la vida.

LA MADRE. — Fernando, perdóname por el daño que pude hacerte.

EL PADRE. — ¿Perdonar? Te perdoné hace tiempo.

LA MADRE. — Éramos tan jóvenes.

EL PADRE. — Éramos dos seres que nunca debieron encontrarse.

LA MADRE. — ¿Qué harás ahora? Regresarás a tu mundo? Estás solo, ¿no?

EL PADRE. — Sí, solo. Pero ahora comprendo que es mucho mejor la soledad que tener que soportar la compañía de alguien a quien no amas. Adiós.

LA MADRE. — No, permíteme ser la primera en marcharse. La soledad me asusta. No quiero estar sola en esta habitación.

EL PADRE. — Si quieres podemos ir juntos al cementerio. Así nos verá juntos por última vez.

LA MADRE. — ¿Tienes la dirección?

EL PADRE. — Sí, la casera me la dio antes de retirarse.

LA MADRE. — ¿Es lejos de aquí?

EL PADRE. — Creo que ahora poco importa, ¿no?

LA MADRE. — *(Se asoma a la ventana.)* Tienes razón.

(Se oye ladrar a los perros.)

MRS. ROSE. — *(Entrando.)* Señores, perdonen que los interrumpa; pero Pepe, el amigo de su hijo, está en casa de Lara. Pensé que tal vez les gustaría hablar con él. Nadie como él para conocer a su hijo.

EL PADRE. — Sí, dígame que suba. Tengo... necesito conocer más de cerca a mi hijo.

LA MADRE. — Tendrás que perdonarme, Fernando. Tengo que irme. Iré sola al cementerio. Además no me cae bien ese muchacho.

EL PADRE. — ¿Lo conoces?

LA MADRE. — No, pero... ¿Qué importa? Creo que es el culpable de todo. *(Iniciando mutis.)* Antes de irte, llámame... a la oficina, por supuesto.

EL PADRE. — Claro, a la oficina.

LA MADRE. — *(Saliendo.)* ¿Y esos malditos perros ladran siempre, señora?

MRS. ROSE. — Not always. Sólo cuando ven algo que no les gusta.

(La madre sale.)

MRS. ROSE. — ¿Cómo fue el encuentro? Imagino que bien, ¿no? Aunque creo que después de tantos años sin verse, un encuentro así debe traer viejos recuerdos y viejos dolores.

EL PADRE. — Se han calmado.

MRS. ROSE. — *(Después de una pausa.)* Pepe es un muchacho muy especial. Fue como un hermano para su hijo. Hace años que son amigos. Creo que han sido buenos amigos desde siempre; sin embargo, también tuvieron sus peleas. Hace unos meses, por ejemplo, tuvieron una gran discusión, por cosas sin importancia... digo yo. Sin embargo, Pepe se mudó al día siguiente.

EL PADRE. — ¿Una discusión?

MRS. ROSE. — Sí. Pepe también es escritor. Hace años está escribiendo una novela. Por las noches escribe hasta tarde y por las mañanas le gusta dormir. Es un traspasador. Por eso se mudó.

EL PADRE. — No entiendo.

MRS. ROSE. — Es sencillo de entender. Los perros del obispo no lo dejaban dormir. Todas las mañanas se levantaba de mal humor. Aquel día, desde esta misma ventana, comenzó a tirarles bolas de carne con veneno de ratas. El obispo por poco llama a la policía. Su hijo, entonces, corrió a casa del obispo y evitó la tragedia. Pobres cachorros... tranquilos que ahora llega el enemigo.

EL PADRE. — ¿Tardará mucho en subir?

MRS. ROSE. — Debo avisarle, solamente. No le dije que subiera porque no sabía si ustedes estaban interesados en hablar con él.

EL PADRE. — Por favor, dígame que suba.

MRS. ROSE. — Claro. *(Llama por teléfono.)* More coffee?

EL PADRE. — No, gracias.

MRS. ROSE. — Lara, por favor, dile a Pepe que el padre de José desea verlo. Thanks you. No tardará. Deberá ser paciente con Pepe. La muerte de José lo ha dejado un poco fuera de sí.

EL PADRE. — Quizás sea porque conoce la verdad de todo lo ocurrido. Tal vez ésa sea la razón.

MRS. ROSE. — Maybe, that's the reason.

(Llaman a la puerta.)

MRS. ROSE. — The door is open.

(Entra Pepe. Es un joven de vestir conservador y de carácter un tanto agresivo.)

EL PADRE. — Buenas tardes, muchacho.

PEPE. — Pepe, señor. Pepe. No me gusta que me llamen muchacho.

MRS. ROSE. — El señor es el padre de José. (Saliendo.) Quedan en su casa.

PEPE. — ¡El padre! Un padre que hasta ahora creíamos muerto en la guerra. Su hijo fue un gran escritor. Para usted escribió un gran final.

EL PADRE. — ¿Un gran final?

PEPE. — Después de la muerte de su madre...

EL PADRE. — Su madre también está viva.

PEPE. — Después de la muerte de su madre... murió de parto... José quedó al cuidado de una vecina porque su padre estaba en la guerra peleando como un héroe. Un héroe que obtuvo miles de medallas; pero que, desgraciadamente, se perdieron en alta mar. Era marino y su barco fue hundido por el enemigo. Así que el pobre niño quedó huérfano. Al poco tiempo la vecina tuvo que entregarlo a las autoridades. Por eso creció en un orfanatorio.

EL PADRE. — (Después de una pausa.) Lo conoció bien, ¿no?

PEPE. — Por lo menos mucho mejor que usted.

EL PADRE. — ¿Por qué se suicidó?

PEPE. — ¿Le interesa?

EL PADRE. — Si no me interesara, no lo preguntaría.

PEPE. — A su madre no le interesó conocerme.

EL PADRE. — Usted no le cae muy bien que digamos.

PEPE. — Extraño, nunca en mi vida la he visto. Ya le dije que la creía muerta de parto.

EL PADRE. — ¿Estaba enfermo?

PEPE. — Algún mal incurable habría sido una buena excusa, ¿verdad?

EL PADRE. — Al menos hubiera sido justificable.

PEPE. — ¿Usted justifica, entonces, que una persona enferma se quite la vida sin buscar ayuda en la medicina? Hoy día la medicina ha adelantado muchísimo y...

EL PADRE. — Ustedes eran amigos. ¿Simplemente... amigos?

PEPE. — ¿Qué pretende insinuar, señor? ¿Quiere saber si éramos amantes? Nos amábamos, sí; pero como hermanos. Encontramos, el uno en el otro, al hermano que nunca tuvimos o al hermano que nunca conocimos.

EL PADRE. — Quizás descubrió que tenía SIDA.

PEPE. — SIDA, cáncer... cualquier enfermedad ahora es igual. ¿No le parece?

EL PADRE. — Su novia dijo que no usaba drogas.

PEPE. — Las drogas, señor, son una excusa barata para destruirse poco a poco. Su hijo jamás hubiera querido destruirse.

EL PADRE. — Pero lo hizo, muchacho.

PEPE. — Pepe, señor, no lo olvide... Pepe.

EL PADRE. — ¿Algún tumor?

PEPE. — Ya le dije que no estaba enfermo.

EL PADRE. — La casera me dijo que le temía al fracaso.

PEPE. — Sí, temía al fracaso más que a ninguna otra cosa. Eso lo obsesionaba. Hace semanas dejó de escribir porque creía que no tenía sentido hacerlo. Pensaba que la gente no entendería lo que escribía y eso lo llevaría al fracaso.

EL PADRE. — ¿Por qué deshizo su noviazgo?

PEPE. — No sé.

EL PADRE. — ¿No sabe o no quiere hablar de ello?

PEPE. — No sé.

EL PADRE. — Creo entender...

PEPE. — No puedo entender nada porque no hay nada que debe entender.

EL PADRE. — Ustedes eran como hermanos, eso ha dicho.

PEPE. — Sí, hermanos.

EL PADRE. — Y vivieron juntos por algún tiempo.

PEPE. — Sí.

EL PADRE. — Usted se mudó. Se fue. Escapó. ¿De qué escapó, joven? ¿Qué pasó entre ustedes?

PEPE. — Nada.

EL PADRE. — ¿Nada?

PEPE. — Me marché, simplemente.

EL PADRE. — ¿Pelearon y se marchó?

PEPE. — No hubo pelea alguna, señor.

EL PADRE. — Soy un hombre moderno. Puedo comprender cualquier situación. No tema confesarme que eran amantes. Son jóvenes y cada uno de nosotros tiene derecho a hacer con su vida...

PEPE. — ¿Es usted policía acaso?

EL PADRE. — Soy, simplemente, un padre desesperado. Un padre que desea saber.

PEPE. — Un padre desesperado, no. Un hombre atormentado por la posible culpa del suicidio de su hijo, sí. No, no éramos amantes.

EL PADRE. — Entonces, ¿por qué lo dejó solo?

PEPE. — Los perros... no podía más con los perros del obispo. Esos malditos no me dejaban dormir.

EL PADRE. — Sin embargo, durante mucho tiempo vivió aquí y los perros nunca le molestaron...

PEPE. — Soporté la situación por él... sólo por unos meses. Porque, si no lo sabe, el obispo es nuevo. Hace sólo pocos meses que fue nombrado y desde entonces sus adorables perros molestan al vecindario.

EL PADRE. — Entonces entre ustedes no ocurrió nada... Usted se mudó simplemente porque los perros del obispo... ¿cómo se llaman?

PEPE. — Señor, no he venido para que se burle de mi.

EL PADRE. — ...porque los perros del obispo no lo dejaban dormir. Es razonable, sumamente razonable.

PEPE. — Señor, nuestra conversación ha terminado.

EL PADRE. — Lara es una hermosa muchacha.

PEPE. — No creo que tenemos que hablar de ella para nada.

EL PADRE. — ¿Por qué? Era su novia.

PEPE. — Habían terminado.

EL PADRE. — Pero ella lo seguía amando.

PEPE. — Ése es su problema.

EL PADRE. — Usted, ¿no tiene novia?

PEPE. — Mi vida personal no tiene nada que ver con esta situación.

EL PADRE. — ¿Acaso hubo algo entre Lara y usted, Pepe?

PEPE. — Era mi mejor amigo... *(Pausa.)* Pero el destino nos traiciona.

EL PADRE. — ¿Traición?

PEPE. — Sí. Hace años que escribo una novela. Es una novela que siempre he mantenido en secreto, porque es algo muy mío. Pero un día, por un descuido estúpido, su hijo la leyó. En mi historia un muchacho se enamora de la novia de su hermano y termina suicidándose para no herirlos con su amor.

EL PADRE. — ¿Y ese muchacho es usted?

PEPE. — Sí.

EL PADRE. — ¿Y mi hijo quiso evitarle ese destino?

PEPE. — Sí.

EL PADRE. — ¿Se suicidó para dejarle el camino libre?

PEPE. — Sí.

TELÓN

acto segundo

Al levantarse el telón, la acción continúa donde se quedó en el acto anterior. Han pasado sólo algunos segundos.

PEPE.— Nos conocimos cuando estábamos en la escuela superior, en una librería. Ambos buscábamos un mismo libro. Lo encontramos, pero sólo había un ejemplar. "Vaya suerte la nuestra", me dijo. "Llevo semanas buscando este libro..." Tenía una hermosa sonrisa. Yo en cambio estaba tan serio. "Creo que tienes mala suerte, amigo. El libro es mío. Yo lo vi primero." "Mala suerte, tú lo has dicho. Seguiré buscando." Sonrió nuevamente me extendió la mano. "Buena suerte siempre y buena lectura." Cuando se fue me quedé pensando en mi actitud tan poco agradable. Entonces comencé a pensar por qué era una persona tan seco y tan antipática con la gente. "Así me hizo el mundo...", pensé... "Así soy y nada puedo hacer para cambiar..." Una hora más tarde, al pasar por un parque, lo encontré nuevamente. Estaba sentado en un banco y leía. Sentí, entonces, un impulso desconocido. "Hola, soy yo...", le dije "¿Me recuerdas?" "Claro, el que tiene más suerte que yo...", contestó tímidamente. "Lo lamento...", dije, "...el libro es tuyo." Le di el libro y salí corriendo. No quiero gratitud por aquel acto que casi involuntariamente había realizado.

EL PADRE.— ¿No se volvieron a ver ese día?

PEPE.— No, ese día no. Una semana más tarde, al pasar por el mismo parque, oí una voz que me daba las gracias. "Eres un ser estupendo", dijo. "Sí, estupendo. Nadie hace lo que tú hiciste. Te lo agradezco. Ya terminé de leer el libro así que te lo devuelvo." Esa tarde invité a tomar juntos una cerveza. Luego me acompañó hasta aquí. Tenía que buscar uno

libros. "Hermoso apartamento el tuyo... ¡Quién tuviera uno igual!" Él sí era un ser estupendo, en sólo dos encuentros había logrado cambiar mi actitud hacia la Humanidad. Dos semanas más tarde vino a vivir aquí. Compartimos gastos y... aprendí mucho de él. Sin embargo...

EL PADRE.— Sin embargo, los perros del obispo lo obligaron a abandonarlo.

PEPE.— Jamás lo abandoné. Simplemente cambié de casa. Nuestras vidas continuaron siendo las mismas.

EL PADRE.— *(Después de una pausa.)* Nunca he tenido un amigo. Hace años pensé que alguien lo era. Sin embargo, me engañó... me hirió de la forma más cruel que un hombre puede hacerlo a un amigo. Por eso siempre he pensado en la amistad como una relación utópica. Alcanzarla es imposible. Imposible, por lo menos para mí. Quizás sea porque en el fondo nunca he dado a nadie la oportunidad de demostrarme su amistad. Cuando somos jóvenes y nos traicionan crecemos desconfiando de todos. Ése ha sido mi caso. He vivido entre desconfianzas y temores. *(Pausa.)* Será mejor que me marche. No quiero dejar de ir hoy al cementerio.

PEPE.— ¿Sabe dónde queda?

EL PADRE.— Sí, la casera me dio la dirección. *(Buscando.)* ¡Oh, le di a mi mujer la tarjeta!

PEPE.— ¿Su mujer?

EL PADRE.— Quiero decir a la madre de José, mi ex mujer.

PEPE.— ¿Le puedo hacer una pregunta?

EL PADRE.— Claro.

PEPE.— ¿Por qué la gente se divorcia?

EL PADRE.— ¿Por qué? No sé. Imagino que cada uno tendrá sus razones, que cada uno lo hace por problemas que no tienen solución.

PEPE.— Mis padres, también se divorciaron y... al hacerlo los perdí.

EL PADRE.— ¿Los perdió?

PEPE.— Sí, jamás se han ocupado de mí. A José le sucedió lo mismo. Por eso siempre nos dijo que era huérfano. Y en el fondo tenía razón. Uno queda como huérfano, privado del amor de un hogar.

EL PADRE.— La incompreensión entre los seres humanos es la causa principal de los divorcios. Vivir juntos no es fácil.

PEPE.— Vivir juntos es mejor que la soledad. La soledad es la peor compañera del hombre. Pero vivir juntos no es fácil cuando queremos cambiar a quienes comparten su vida con nosotros; ahí está el error. Lo difícil de vivir con alguien es comprender que ese alguien tiene su propia vida. Cuando dos amigos viven juntos sucede lo mismo.

EL PADRE.— Pero no hay amor.

PEPE.— Amor, sí, señor. Lo que no hay es una vida sexual en común.

EL PADRE.— Tiene razón.

PEPE.— El amor es la base de toda relación humana. *(Después de una pausa.)* Cuando se casó con su primera esposa, ¿la amaba?

EL PADRE.— Sí.

PEPE. — ¿La siguió amando luego del matrimonio?

EL PADRE. — Sí.

PEPE. — ¿Ella lo amaba antes de casarse?

EL PADRE. — Ahora creo que verdaderamente no. Era una mujer muy ambiciosa.

PEPE. — ¿Y por qué se casó?

EL PADRE. — Ya le dije, estaba enamorado.

PEPE. — El amor debe ser correspondido. Si no es así, el desenlace es el divorcio.

EL PADRE. — ¿Y cómo podemos saber si nos aman?

PEPE. — Mirando fijamente a la cara de la persona amada. Cada gesto, cada sonrisa, cada palabra pronunciada, puede ser testigo de ese sentimiento. Sólo entonces se puede comenzar a pensar en el matrimonio. Así se evitan posteriores desgracias.

EL PADRE. — ¿Cree que el divorcio es una desgracia?

PEPE. — Lo es. Quizás para los padres no, porque cada uno rehace su vida. Pero muchos, como ustedes, abandonan a los hijos porque... porque estorban para la felicidad de su nuevo matrimonio. Sin embargo, aun aquellos que se ocupan de sus hijos, les niegan el calor de un hogar. Sabe, ignoro lo que siente un ser humano al verse querido por un padre o una madre.

EL PADRE. — Lo siento.

PEPE. — Sentirlo no arregla nada, señor.

EL PADRE. — Es lo único que ahora puedo hacer. Es imposible volver sobre el camino ya vivido.

PEPE. — Sí, tiene razón.

EL PADRE. — Tan mal se ha sentido por el abandono de sus padres.

PEPE. — Usted no podría comprenderlo. Es un dolor que te acompaña siempre. Te oprime. Te invade cada vez que deseas emprender una relación amorosa. Se vive, entonces, el temor de caer en el mismo error. José, por ejemplo, vivía obsesionado con la idea del fracaso matrimonial. Pensaba que era mejor no casarse para así evitar el divorcio. Tampoco quería tener hijos, y ahora lo comprendo. No quería que sufrieran lo mismo que él.

EL PADRE. — Mis padres murieron queriéndose. Se conocieron cuando todavía eran dos niños y desde entonces se amaron. En ellos todo era ternura y comprensión. Nunca les oí una palabra de rencor o de egoísmo. Creo que nacieron el uno para el otro. No sé cómo no aprendí amar como ellos.

PEPE. — El amor no se aprende. El amor se cultiva como una rosa; pero hay que regarlo todos los días, sino puede secarse y entonces ya sería demasiado tarde. El amor es eso, una rosa.

EL PADRE. — Pepe, si algún día necesita ayuda... aquí tiene mi dirección. Quisiera hacer algo por usted en nombre de su amistad con mi hijo. Si quiere puedo comunicarme con sus

padres.

PEPE.— Gracias, conservaré su tarjeta como un recuerdo. ¡Comunicarse con mis padres! ¿Cuáles? Ya no existen. Cuando nunca se ha tenido un cariño, a mi edad es difícil conocerlo. Gracias de todos modos.

MRS. ROSE.— *(Entrando.)* Señor, ¿aún están aquí? Pensé que se habían marchado y venía a cerrarlo todo.

EL PADRE.— Hablábamos del amor, señora.

MRS. ROSE.— ¿Del amor? Hermoso tema. Pepe, ¿te quedarás a comer con nosotras? Lara está preparando algo.

PEPE.— Mrs. Rose, tengo que ir a casa. Dejé algunas cosas sin terminar, pero si quiere regresaré a la hora de la comida.

MRS. ROSE.— Well... Cuando terminen me avisan. Así subo y cierro todo.

PEPE.— Yo ya me voy. Mucho gusto en conocerlo, señor. Puede quedarse con el consuelo de que su hijo fue un ser humano estupendo, verdaderamente estupendo.

EL PADRE.— Gracias, Pepe. Espero que podamos vernos nuevamente.

PEPE.— El destino dirá. ¿No es así, Mrs. Rose?

MRS. ROSE.— Así mismo. El destino siempre juega la última carta.

PEPE.— Mrs. Rose, si usted no se opone, mañana... o mejor aún... esta misma noche me mudo aquí nuevamente.

MRS. ROSE.— Me encantaría, hijo, me encantaría; pero y... *(Señalando hacia la ventana.)*

PEPE.— Aprenderé a quererlos y... al quererlos comenzaré a soportarlos. *(Sale.)*

MRS. ROSE.— ¡Qué muchacho!

EL PADRE.— Tenía razón. Es un poco difícil.

MRS. ROSE.— Sí, pero quería mucho a su hijo.

EL PADRE.— Ahora lo sé.

MRS. ROSE.— Su ex esposa es una mujer muy especial, ¿no?

EL PADRE.— Bastante especial.

MRS. ROSE.— No le interesó hablar con Pepe.

EL PADRE.— No. Estaba un poco confundida. Quiso ir al cementerio. Entienda.

MRS. ROSE.— ¿Usted no irá?

EL PADRE.— Sí, ahora pensaba ir. Sólo que le di a ella la tarjeta.

MRS. ROSE.— No importa, se la apuntaré nuevamente. *(Lo hace.)*

EL PADRE.— ¿Conoce usted la novela que está escribiendo Pepe?

MRS. ROSE.— No, sólo sé que lleva años en ella. He is too touchy. Cuida mucho los detalles, por eso le ha tomado tanto tiempo.

EL PADRE.— ¿Sabe de qué se trata?

MRS. ROSE.— No, sólo su hijo conocía el manuscrito.

EL PADRE.— ¿Lo conocía?

MRS. ROSE.— *(Algo confundida.)* Sí. Ellos... trabajaban juntos. Quiero decir que discutían los personajes. Esas cosas... usted entiende, usted sabe... the plot.

EL PADRE.— ¿Entonces?

MRS. ROSE.— ¿Qué ocurre, señor?

EL PADRE.— ¿No sabe si mi hijo tenía una copia del manuscrito?

MRS. ROSE.— Imagino que sí, pero no entiendo su interés... es la novela de Pepe.

EL PADRE.— ¿Dónde guardaba esas cosas?

MRS. ROSE.— No sé. Imagino que en las gavetas del escritorio.

EL PADRE.— ¿Puedo ver?

MRS. ROSE.— Sure.

(Se oye la voz de Lara que llama a Mrs. Rose.)

MRS. ROSE.— Me llaman. Regreso en seguida. Queda en su casa.

EL PADRE.— Gracias... *(Comienza a buscar en las gavetas del escritorio.)* Tengo que encontrar esa copia. Aquí hay algo extraño y tengo que descubrir qué es. Esto no... esto tampoco es... ¡Cuántos papeles! ¡Aquí está! "Dos hojas de primavera."

(Después de encontrar el manuscrito comienza a leerlo. Un cambio de luz marcará nuevamente el pasar del tiempo.)

LARA.— Señor, ¿aún está aquí? Mrs. Rose pensó que se había marchado, como todo está a oscuras.

EL PADRE.— Es usted...

LARA.— Sí. ¿Por qué se extraña? Ya le dije que vivía aquí abajo.

EL PADRE.— Sí, lo recuerdo.

LARA.— ¿Le sucede algo? Lo veo pálido, ¿por qué está a oscuras? ¿Enciendo?

EL PADRE.— Sí, claro. Se hizo de noche sin darme cuenta. Pensaba en...

LARA.— ¿En su hijo?

EL PADRE.— En parte. ¿Conoce la novela que está escribiendo el amigo de mi hijo?

LARA.— No. Nunca me ha permitido leerla. Sólo José la conocía.

EL PADRE.— ¿Desde cuándo vive aquí?

LARA.— ¿Por qué desea saberlo?

EL PADRE.— Sólo como tema de conversación.

LARA.— Me mude aquí el semestre pasado, cuando José estaba de viaje.

EL PADRE.— ¿De viaje?

LARA. — ¿Pepe...? Pepe es un ser incapaz de amar.

EL PADRE. — Pero usted y también la casera han dicho que amaba a mi hijo, que eran inseparables.

LARA. — Eso es distinto, señor. Me refiero al amor entre un hombre y una mujer. Pepe detesta la relación sexual entre dos seres. Además nunca se le ha conocido novia. Usted sabe... tiene miedo al matrimonio.

EL PADRE. — También él.

LARA. — Sí, también él. Sus padres se divorciaron siendo el muy joven. Sólo su madre lo llama a veces. Pero el nunca habla de ellos...

EL PADRE. — Así que nunca hubo una palabra de amor.

LARA. — Nunca. *(Después de ver un cofre que está sobre una mesa.)* Ahora recuerdo algo. Un incidente verdaderamente lamentable. ¿Ve este pequeño cofre?

EL PADRE. — Sí, claro.

LARA. — Fui cruel, muy cruel. En la universidad celebraban un baile en ocasión del Día de los Enamorados. Fui sola, por supuesto. Y allí estaba Pepe, solo. Tenía en sus manos este cofre.

EL PADRE. — ¿Era un regalo para usted?

LARA. — Sí. Cuando todas las parejas se intercambiaron sus regalos, él con su cara seria y *sin decir una sola palabra... se acercó a mí y me entregó el cofre. Así como lo ve, sin papel ni tarjeta ni nada.*

EL PADRE. — ¿Y esos pequeños detalles le molestaron?

LARA. — Bueno... en parte sí. En aquel momento consideré que era un atrevimiento de su parte regalarme algo. Hacia poco que nos conocíamos. Lo había visto pocas veces y...

EL PADRE. — Rechazó el regalo.

LARA. — Sí.

EL PADRE. — ¿Y él qué hizo?

LARA. — Nada. Bajó la cabeza y se marchó de la fiesta.

EL PADRE. — ¿Eso fue todo?

LARA. — No. Al entregarme el cofre lo ofendí.

EL PADRE. — Lo ofendió... ¿cómo?

LARA. — Le dije que me confundía con una cualquiera que aceptaba un regalo de un desconocido.

EL PADRE. — Y era un desconocido.

LARA. — No, señor. Vivíamos en la misma casa, por menos veces que nos hubiéramos visto sabía quién era. No debí decirle lo que le dije.

EL PADRE. — Y luego conoció a mi hijo.

LARA. — Sí, al terminar el semestre.

EL PADRE.— Y Pepe comenzó a sentir celos de José, sobre todo cuando ustedes se hicieron novios, ¿no?

LARA.— No, claro que no. Nunca. Aquel episodio fue sólo una mala interpretación por parte de los dos. Él estaba solo y yo también, así que creyó hacer un gesto de amistad al regalarme este cofre. Eso fue todo.

EL PADRE.— ¿Hablaron del asunto luego?

LARA.— Claro. Su hijo hizo que nuestras asperezas se olvidaran.

EL PADRE.— ¿Salían juntos los tres?

LARA.— Nunca. Pepe, mientras vivieron juntos después de yo conocerlos, nunca salía. Se pasaba las horas encerrado escribiendo su novela. Luego se mudó, así que nos veíamos cada vez menos.

EL PADRE.— Y ahora... ¿cómo será su relación con Pepe?

LARA.— ¿Nuestra relación? No sé. Sabe, en el fondo le tengo lástima. José era como su hermano... compartían todo. Ahora estará solo nuevamente y eso no es bueno para él. Le puede hacer mucho daño.

EL PADRE.— ¿Por qué mi hijo se suicidó?

LARA.— No lo sé. Estaba tan extraño durante las últimas semanas. Fue poco a poco cambiando. Ya no se parecía al muchacho que había conocido.

EL PADRE.— ¿Qué vio en mi hijo para enamorarse de él?

LARA.— Su ternura. Era un hombre sumamente tierno, cariñoso, un ser especial... parecía un personaje de novela. Ya le dije antes que era el hombre que cualquier muchacha le gustaría tener como novio.

EL PADRE.— ¿Era sincero, entonces?

LARA.— Por supuesto. La sinceridad era una de sus mayores virtudes.

EL PADRE.— Se enamoró de él en poco tiempo, ¿no?

LARA.— Sí, fue amor a primera vista: como en las novelas.

EL PADRE.— ¿Cómo lo conoció?

LARA.— Aquí mismo.

EL PADRE.— ¿Aquí en su apartamento? ¿Pepe se lo presentó?

LARA.— No. Una noche Mrs. Rose me pidió que trajera un paquete que había llegado, libros creo. Cuando toqué a la puerta, quien abrió fue él.

EL PADRE.— ¿Mi hijo?

LARA.— Sí. Estaba parado junto a la puerta, sonriente. Tenía una hermosa sonrisa. ¿Lo sabía?

EL PADRE.— Sí, Pepe lo mencionó antes.

LARA.— Cuando lo conocí no sabía quién era, no había oído hablar de él. Era la primera vez que subía a este apartamento. Luego me enteré, por Mrs. Rose, que eran amigos hacía

años y que vivía aquí hacía tiempo. Tenía sus espejuelos puestos y su gorra. Siempre usaba una gorra. No se la quitaba ni para bañarse.

EL PADRE. — ¿Eso le molestaba?

LARA. — ¿Por qué? Era parte de su personalidad. Su hijo era así... un poco desorganizado en sus cosas y algo especial en el vestir, distinto a Pepe que es el conservador por excelencia.

EL PADRE. — ¿Y eso le gustó?

LARA. — Sí. Al verme, me sonrió y me invitó a entrar.

EL PADRE. — ¿Y usted lo hizo?

LARA. — Sí, entré. Hablamos. Me dijo quién era y poco después ofreció ayudarme con mis tareas de matemática.

EL PADRE. — ¿Y comenzó el amor?

LARA. — Exactamente, así comenzó el amor. Entre números fuimos enamorándonos poco a poco.

EL PADRE. — ¿Y Pepe nunca demostró algún reproche por el amor de ustedes?

LARA. — Ya le dije que nos veíamos poco. Nunca, nunca dijo nada. Todo lo contrario quería ser el padrino de la boda.

EL PADRE. — Pero mi hijo no creía en el matrimonio.

LARA. — Ahí comenzó el problema. Cuando por casualidad hablé de matrimonio... no porque quería que nos casáramos en seguida; sino sólo porque cualquier muchacha aspira a eso.

EL PADRE. — Usted es judía, ¿no?

LARA. — Sí, ¿cómo lo sabe?

EL PADRE. — La casera lo mencionó.

LARA. — Mis padres son judíos. Yo en el fondo no creo mucho...

EL PADRE. — No. Entonces... ¿es o no es judía?

LARA. — Amo a Dios, señor. Creo en un ser superior a nosotros, pero por amor a José estaba dispuesta a renunciar a las creencias de mis padres... Después de todo José nunca asistía a la iglesia, solo creía en Dios.

EL PADRE. — Así que no ha leído la novela de Pepe, ni conoce su historia.

LARA. — Ya le dije antes que no.

EL PADRE. — "Dos hojas de primavera" es su título.

LARA. — Eso sí lo sabía. José me lo había dicho.

EL PADRE. — Es la historia de dos hermanos gemelos que se enamoran de una misma mujer. Ella ama sólo a uno de ellos, claro.

LARA. — ¿Pero cómo puede saber quién es quién?

EL PADRE. — Sencillo... uno es todo ternura; el otro, amargura y hostilidades.

LARA. — Ahora entiendo nuestra conversación, mejor dicho... su interrogatorio. Ha leído

la novela, no sé con qué propósitos, y cree ver en nosotros sus personajes. Pero recuerde que ellos son hermanos.

EL PADRE.— También ellos lo eran. Ustedes lo han repetido varias veces.

LARA.— Claro, pero como amigos. Además...

EL PADRE.— ¿Además...?

LARA.— Pepe no está enamorado de mí.

EL PADRE.— ¿No?

LARA.— Usted quiere confundirme, señor. ¡No, no está enamorado de mí!

EL PADRE.— ¿Y si así fuera? Si aunque usted no lo supiera, él estuviera enamorado de usted...

LARA.— ¡Es imposible!

EL PADRE.— No es imposible que un muchacho de su edad se enamore de una muchacha hermosa como usted.

LARA.— ¡Pero yo era la novia de su mejor amigo!

EL PADRE.— El amor, señorita, nos traiciona. Amamos a quien no debemos amar. Así es el amor.

LARA.— No. Él nunca hubiera podido traicionar a su hijo. Nunca.

EL PADRE.— El novio en la novela muere.

LARA.— Igual que en la historia real.

EL PADRE.— No. El novio de la muchacha muere asesinado por su hermano.

LARA.— ¡Oh, Dios! Basta, basta de tanta intriga. Usted no puede venir ahora de la nada... venir y querer acusar a Pepe de la muerte de su hijo. ¡Es monstruoso, señor, monstruoso!

EL PADRE.— Aunque lo parezca, es la verdad. La verdad y sólo la verdad.

LARA.— Usted está mal de la cabeza. Su conciencia lo hace desvariar.

EL PADRE.— ¡Es la verdad!

LARA.— (*Desesperada.*) ¡No!

MRS. ROSE.— (*Entrando.*) ¿Qué sucede aquí? ¿Qué gritos son esos, Lara?

LARA.— Mrs. Rose, el señor quiere torturarme, quiere que no pueda dormir durante el resto de mi vida.

MRS. ROSE.— ¿Qué sucede?

LARA.— El señor dice que Pepe asesinó a José.

MRS. ROSE.— Oh, my God!

EL PADRE.— ¿Recuerda la novela?

MRS. ROSE.— Sí.

EL PADRE.— He pasado la tarde leyéndola...

MRS. ROSE.— ¿Y...?

EL PADRE.— Todo concuerda: dos hermanos y una mujer. Ambos aman a la misma mujer

- y uno de los dos tiene que desaparecer...
- MRS. ROSE. — ¿Desaparecer?
- EL PADRE. — Morir, señora. El hermano que no es correspondido mata al otro.
- MRS. ROSE. — Lara, ¿Pepe está enamorado de ti?
- LARA. — No, no y mil vez no. ¡Oh, Dios! Estoy tan confundida que ya no sé qué decir. Tal vez, puede ser que estuviera enamorado de mi, pero en silencio. Sin embargo, Pepe es incapaz de matar a su mejor amigo.
- MRS. ROSE. — Señor, no confunda más la situación. José estaba atormentado con el fracaso...
- LARA. — Se suicidó.
- MRS. ROSE. — Se suicidó por su temor al fracaso.
- EL PADRE. — No, señora. Ese temor al fracaso fue provocado por su mismo hermano.
- MRS. ROSE. — What?
- EL PADRE. — Como lo oye. Aquí está escrito. (*Lee del manuscrito que tiene en la mano.*) "Poco a poco fui ocupando sus pensamientos. Logré que naciera en su mente el temor al fracaso..."
- LARA. — ¡No! (*Le arranca de las manos la novela.*)
- EL PADRE. — Lea aquí, aquí en esta página.
- LARA. — (*Lee.*) "Cuando la miraba y cada vez que la veía junto a él era como si el mundo terminara. No podía soportar más esa situación. Uno de los dos tenía que desaparecer..."
- EL PADRE. — Uno de los dos, está claro.
- MRS. ROSE. — Señor, eso es fantasía. La realidad es otra. Además Pepe no ama a Lara.
- ¿No es cierto, muchacha?
- LARA. — (*Después de un silencio durante el cual ha permanecido con la mirada en el manuscrito que tiene en sus manos.*) Tal vez todo sea cierto, tal vez si me ama.
- MRS. ROSE. — Claro, siempre puede existir la posibilidad; pero...
- EL PADRE. — Todo está tan claro. Atormentado por su negativa, lo mató.
- MRS. ROSE. — Fue suicidio, sir. ¡Suicidio! Su hijo tomó una sobredosis. Don't forget.
- LARA. — También, eso es cierto.
- EL PADRE. — Eso también pudo ser un accidente provocado.
- LARA. — Su trabajo como policía lo hace ver cosas donde no las hay, señor.
- MRS. ROSE. — The girl is right. Además Pepe no sería capaz...
- EL PADRE. — Un hombre enamorado es capaz de todo.
- MRS. ROSE. — ¿Usted cree?
- EL PADRE. — Estoy seguro.
- LARA. — (*Pensativa.*) Cuando regrese, ¿cómo enfrentarlo?
- EL PADRE. — Llamaremos a la policía.

MRS. ROSE.— ¿La policía? No. No puede llamar a la policía. Usted no tiene pruebas de lo que dice.

EL PADRE.— Tengo la novela en mis manos.

MRS. ROSE.— Eso no sirve como prueba. Es únicamente una historia inventada, es literatura.

LARA.— Mrs. Rose, tiene razón.

EL PADRE.— Entonces haré que confiese.

LARA.— Creo que será mejor que me vaya a casa de mis padres.

MRS. ROSE.— ¿Huyes?

LARA.— Tengo miedo.

MRS. ROSE.— Huir no sería correcto. Tienes que enfrentarte a la verdad de los hechos. Huir no solucionaría nada. Todo lo contrario, creará más confusión.

LARA.— ¿Cree usted que es culpable?

MRS. ROSE.— No he dicho eso, Lara. He dicho, simplemente, que ha llegado la hora de verdad y tienes que enfrentarte a ella.

LARA.— ¿Qué verdad?

MRS. ROSE.— ¡Paciencia! No podemos anticipar los hechos.

EL PADRE.— (*Impaciente.*) ¿Por qué no ha regresado aún?

MRS. ROSE.— I don't know. Tal vez habrá decidido venir mañana.

EL PADRE.— Pero tiene que venir a comer con ustedes, ¿lo olvida?

MRS. ROSE.— You're right.

LARA.— (*Calmada.*) Tal vez está en casa.

EL PADRE.— ¿Tiene llave?

LARA.— (*Agresiva.*) ¡Basta de insinuaciones, señor! No, no tiene llave. Simplemente deje la puerta abierta y él lo sabe.

EL PADRE.— Perdone.

MRS. ROSE.— Será mejor esperar con paciencia. Todo tendrá una explicación.

EL PADRE.— ¿Paciencia? Usted me pide paciencia. Recuerde que se trata de mi hijo.

MRS. ROSE.— Un hijo, señor, al que no conoce... Un hijo que puede haberse cruzado con usted mil veces y al que usted nunca hubiera podido ser capaz de reconocer, señor.

EL PADRE.— Es cierto lo que dice, pero es mi hijo y exijo que su muerte sea aclarada lo antes posible.

MRS. ROSE.— Corra a la calle entonces y grite a todos que su hijo fue asesinado. Pensarán que está loco.

EL PADRE.— Tiene razón, tendré paciencia. (*Caminando inquieto.*) ¿Dónde vive?

MRS. ROSE.— ¿Quién?

EL PADRE.— Por Dios, señora.

- MRS. ROSE. — No sé su dirección con precisión. Recuerde que hace poco que se mudó.
- LARA. — Creo que vive en los altos de una farmacia.
- EL PADRE. — ¡Una farmacia! ¿Qué farmacia? Acaso la farmacia donde se compraron las pastillas que ocasionaron la muerte de mi hijo.
- LARA. — (*Mirando el frasco.*) Creo que sí... ¡No, no es posible! (*Llora.*)
- MRS. ROSE. — No te atormentes, Lara. Estoy segura que todo esto es una gran equivocación. El señor tiene, además, mucha imaginación.
- EL PADRE. — Imaginación no, señora... y tampoco creo que sea pura casualidad.
- MRS. ROSE. — Lara se equivoca. Vive en los altos de un bakery.
- LARA. — No, ahora estoy segura. José lo mencionó en varias ocasiones. Vive en los altos de la farmacia que está frente al Parque Municipal. Eso es, frente al parque.
- EL PADRE. — ¿Por qué está nerviosa, señora?
- MRS. ROSE. — Leave me alone!
- EL PADRE. — Ser cómplice es tan condenable como...
- MRS. ROSE. — Antes de condenar, recuerde que quiero a Pepe como al hijo que nunca pude tener...
- EL PADRE. — Entiendo... y por él sería capaz hasta de mentir.
- LARA. — ¡Mrs. Rose, usted!
- MRS. ROSE. — No hagas caso de las tonterías que dice este señor. Sólo trata de asustarnos para que confesemos algo que desconocemos.
- EL PADRE. — Sí, no me haga caso, señorita. (*Entregándole nuevamente el manuscrito.*) No me haga caso, pero lea cuidadosamente la novela. (*Iniciando mutis.*) Regresaré en seguida. Si viene, por favor, no lo pongan sobre aviso.
- MRS. ROSE. — Sería incapaz. Soy la primera que quiere conocer la verdad, la verdad... toda la verdad.

(*El padre sale.*)

- LARA. — ¿Habrá sido él capaz de...?
- MRS. ROSE. — Ahora ya no lo sé, Lara. El señor tiene razón. Un hombre enamorado...
- LARA. — ¿Está Pepe enamorado de mí, Mrs. Rose? Usted sabe más de lo que dice. ¿Está enamorado de mí? Lo ha estado siempre, ¿no es cierto?
- MRS. ROSE. — I don't know. Simplemente pensaba en las palabras del padre de José.
- LARA. — Iré a casa. No quiero que entre. No quiero encontrarlo a solas. No sabría qué hacer, qué decir...
- MRS. ROSE. — No lo condene sin antes oírlo.
- LARA. — No lo condene. Simplemente que estoy algo confundida. (*Sale.*)

(Se oye el ladrar de los perros.)

MRS. ROSE.— ¡Quietos, muchachos, quietos... Soy yo. ¡Beethoven, amor mio, qué enredo éste! ¿Quién podrá solucionarlo? Yo misma empiezo a estar algo confundida. No, Mozart, eso jamás. Y tú, Tchaikovsky, no pienses mal del muchacho. Lo conoces bien y sabes que lo ama. Sí, a los tres... los ama...

PEPE.— *(Entrando y cerrando la puerta con llave.)* ¿Mrs. Rose, qué ha pasado?

MRS. ROSE.— Where you come from?

PEPE.— He estado escondido en el apartamento de enfrente, pensando.

MRS. ROSE.— Leyó la novela.

PEPE.— ¿Por qué?

MRS. ROSE.— Por curiosidad.

PEPE.— ¿Y?

MRS. ROSE.— Sospecha de ti.

PEPE.— ¿Sospecha de mí?

MRS. ROSE.— Sí, como el personaje de la novela asesina al hermano...

PEPE.— Claro, sospecha que yo asesiné a José, su hijo.

MRS. ROSE.— Right!

PEPE.— ¡Estupendo!

MRS. ROSE.— No es hora para bromas, Pepe. Es necesario aclarar la situación.

PEPE.— No hay nada que aclarar. Yo lo asesiné.

MRS. ROSE.— No digas estupideces, muchacho mío.

PEPE.— Mrs. Rose, José desapareció porque así lo quise.

MRS. ROSE.— Es necesario que aparezca.

PEPE.— Los muertos no pueden aparecer así porque sí.

MRS. ROSE.— En este caso, tiene que ser así. Te lo ordeno.

PEPE.— Mrs. Rose, con la muerte no se puede jugar...

(Se oye ladrar a los perros.)

MRS. ROSE.— No se puede jugar... ¿Y tú qué has estado haciendo? ¿Qué hemos estado haciendo? Porque me has hecho cómplice de todo esto, ¿o no?

PEPE.— Y se lo agradezco. Usted tiene un alma muy noble.

MRS. ROSE.— Un alma noble que ahora está confundida. Tiene que aparecer; sino él sería capaz de llamar a la policía.

PEPE.— Pero los muertos no reviven, Mrs. Rose. Eso es fantasía.

MRS. ROSE.— ¡Fantasía! Tú eres escritor, ¿no?

PEPE. — Sí.

MRS. ROSE. — ¿Entonces?

(Llaman a la puerta.)

MRS. ROSE. — ¿Quién es?

LA MADRE. — La mamá de José.

MRS. ROSE. — Usted no tiene nada que venir a buscar aquí.

LA MADRE. — Exijo que me abra la puerta.

MRS. ROSE. — *(A Pepe.)* Entra a la habitación y cierra con llave.

PEPE. — La quiero, sabe que la quiero mucho.

MRS. ROSE. — Lo sé, lo sé. Pero ahora escóndete.

(Pepe entra a la habitación. Mrs. Rose abre la puerta.)

MRS. ROSE. — Adelante.

LA MADRE. — ¡Usted!

MRS. ROSE. — Sí, yo. ¿A quién creía poder encontrar aquí?

LA MADRE. — Vengo del cementerio.

MRS. ROSE. — ¿A esta hora?

LA MADRE. — Eso no es asunto suyo, señora.

MRS. ROSE. — Fue simple curiosidad. No sabía que los cementerios estuvieran abiertos de noche.

LA MADRE. — Tuve otras cosas que atender antes de poder regresar aquí. ¿Contesta eso su curiosidad?

MRS. ROSE. — Sí, gracias.

LA MADRE. — ¿Por qué negó antes conocerme? Sabe muy bien que soy la madre de José, quien paga la mensualidad.

MRS. ROSE. — Sí, tal vez. Quizás la haya visto en alguna ocasión, pero hace años. Ha cambiado mucho. Quizás sea el nuevo color del cabello o...

LA MADRE. — ¿Dónde está mi hijo?

MRS. ROSE. — *(Después de mirarla fijamente.)* Dead.

LA MADRE. — En el cementerio no encontré su tumba.

MRS. ROSE. — No. Tal vez no haya buscado bien. Tal vez se haya equivocado de cementerio. ¡Hay tantos en la capital!

LA MADRE. — ¿Dónde está?

MRS. ROSE. — Los muertos, según tengo entendido, están en los cementerios.

LA MADRE. — ¿Cómo puede hablar así, con tanta frialdad? No tiene sentimientos?

MRS. ROSE. — En su presencia, señora, actúo como una autómatas. Evito molestarle. Usted me saca de mis casillas.

LA MADRE. — ¿Quién es usted para hablar como me habla?

MRS. ROSE. — La mujer que durante los últimos cinco años ha querido a su hijo como si fuera propio. He cuidado de sus dolores de cabeza, de sus fiebres, de sus confusiones amorosas... ¿Sabe que su hijo fue una persona sumamente cariñosa?

LA MADRE. — ¿Era cariñoso? No lo creo. Siempre decía que no creía en sentimentalismos.

MRS. ROSE. — Le mentía. Siempre fue un ser muy sentimental, por eso escribía.

LA MADRE. — ¿Escribía?

MRS. ROSE. — You didn't know that?

LA MADRE. — Sí, creo haber oído algo de eso...

MRS. ROSE. — ¡Cuánta indiferencia, señora!

LA MADRE. — ¿Por qué mi hijo no estaba en el cementerio?

MRS. ROSE. — Ya le dije, a lo mejor se equivocó de cementerio. ¿Buscó bien la fecha de nacimiento? Se acuerda de la fecha de su nacimiento? ¿O nunca le dio importancia a algo tan insignificante?

LA MADRE. — Eso lo recuerdo, señora. Recuerde que es de mi primer hijo del que estamos hablando.

MRS. ROSE. — Un hijo que olvidó, señora.

LA MADRE. — ¿Hace tiempo que se fue mi ex marido?

MRS. ROSE. — No. Hace sólo unos minutos.

LA MADRE. — ¿Se marcha del país?

MRS. ROSE. — No sé. Eso deberá preguntárselo a él, ¿no?

LA MADRE. — *(Después de una pausa.)* En el fondo siempre me senti culpable, señora. Siempre. Sabía que no era justa con él, pero acercármele hubiera significado destruir mi matrimonio. Mi esposo es muy celoso y nunca hubiera soportado nada que fuera de mi matrimonio anterior... Un error de juventud me decía siempre. "Tu hijo y ese matrimonio fueron un error de juventud." Sin embargo, nunca me prohibió enviarle su mensualidad. Cuando vivía con mi hermana al menos lo sentía más cerca de mí; aunque, lo viera poco. Pero estos muchachos de hoy no soportan el control de los mayores y decidió vivir solo. ¡Era un niño!

MRS. ROSE. — ¡No! Parece que hablamos de personas distintas. El joven que vino a vivir aquí, cuando aún no había terminado su escuela superior, era un hombre. Un hombre con ideas propias que siempre respeté y quise desde el primer momento.

LA MADRE. — Usted no puede comprenderme, como nunca se casó.

MRS. ROSE. — Se equivoca nuevamente, señora. Dos veces.

- LA MADRE.— Entonces entiende lo que siente una mujer divorciada.
- MRS. ROSE.— Yo fui abandonada, señora. Mi primer marido no perdonó mi esterilidad.
- LA MADRE.— Comprendo, por eso se adueñó del cariño de mi hijo.
- MRS. ROSE.— Del amor no podemos adueñarnos, señora. El amor surge involuntariamente. Así surgió el nuestro.
- LA MADRE.— ¿Y su segundo marido?
- MRS. ROSE.— Un hombre maravilloso. Entendió desde el primer momento mi condición y me amó con locura. Hace más veinte años que vivo en esta tierra que fue suya.
- LA MADRE.— Y luego de su sacrificio, la abandonó.
- MRS. ROSE.— No. Murió en un accidente aéreo... tres años después de nuestro matrimonio.
- LA MADRE.— Y por su condición de viuda, cree, que puede juzgar mi manera de actuar con relación a mi hijo.
- MRS. ROSE.— ¿Juzgarla? Jamás, ya otros lo harán.
- LA MADRE.— ¡Basta! Ahora a nuestro asunto. Espero que haya una explicación razonable para todo. Una vez más le pregunto por qué no encontré la tumba de mi hijo?
- MRS. ROSE.— I told you. Tal vez está en otro cementerio. Además, ¿cómo saberlo? Yo no fui al entierro. Detesto los funerales.
- LA MADRE.— Queriéndolo tanto... ¿no fue?
- MRS. ROSE.— No. Estaba demasiado impresionada con su muerte.
- LA MADRE.— ¿Puedo hacer una llamada telefónica?
- MRS. ROSE.— Claro, está en su casa.
- LA MADRE.— Eso sí lo sé. Pago el alquiler.
- MRS. ROSE.— ¿A quién va a llamar?
- LA MADRE.— A la policía. Son ellos quienes tienen que aclarar esta situación.

(Se abre la puerta de la habitación y aparece Pepe. Viene vestido con ropas modernas. Trae puesta una gorra y usa espejuelos.)

- PEPE.— No es necesario. Si tiene alguna pregunta, puede hacérmela a mí.
- LA MADRE.— ¿Y usted quién es?
- PEPE.— Pepe, el amigo de su hijo.
- LA MADRE.— Ya sabía yo. Aquí hay gato encerrado. ¿Por qué estaba usted encerrado en el cuarto de mi hijo?
- PEPE.— La oí llegar y no quise hablar con usted.
- LA MADRE.— ¿Por qué? ¿También me odia?
- PEPE.— ¿Odiarla? ¿Por qué he de hacerlo? Yo no tengo nada que ver con usted.

LA MADRE.— Entonces nuestra conversación será inútil.

PEPE.— Lo sé. Simplemente he salido para aclararle algo. Oí que preguntaba por el cementerio donde está enterrado su hijo...

MRS. ROSE.— Yo le di la dirección que tú me diste. Ella fue y no encontró la tumba. ¡Imaginate! Está algo nerviosa.

PEPE.— La explicación es muy sencilla, Mrs. Rose.

LA MADRE.— ¿Sencilla?

PEPE.— Sí. Inicialmente, ése era el cementerio; pero los costos del funeral aumentaron, el dinero no alcanzaba...

LA MADRE.— ¿Por qué no se me notificó de su muerte?

PEPE.— ...el dinero no alcanzaba, así que tuve que llevarlo al Cementerio Municipal. (*Secamente.*) Su presencia no hubiera ayudado en nada, señora.

LA MADRE.— ¿El Cementerio Municipal? ¡Oh, Dios! ¡Cuántos pensamientos confusos transitaron por mi mente esta tarde! Tendrá que perdonarme, señora; pero cuando se pierde un hijo una queda aturdida. Es como si algo muy nuestro, de nuestro propio cuerpo se nos escapara...

PEPE.— (*Sincero.*) ¿Realmente se siente así, señora?

LA MADRE.— ¿Cómo? No comprendo su pregunta.

PEPE.— Desearía saber si realmente siente lo que dijo.

LA MADRE.— ¿Quiere saber si lo quería?

PEPE.— Sí.

LA MADRE.— Lo quería. Era mi hijo, sangre de mi sangre. Sí, lo quería.

PEPE.— Pero lo tenía abandonado.

LA MADRE.— Sí, soy culpable. Nuevamente lo admito.

PEPE.— Mis padres también se divorciaron, señora. Y nunca he podido perdonar tanto dolor.

LA MADRE.— ¿Dolor?

PEPE.— Sí. El dolor que produce la separación. Sabe que nunca he sentido la caricia sincera de mi padre o de mi madre. Debe ser algo hermoso, ¿no?

LA MADRE.— ¿Dónde están sus padres? Ellos al menos...

PEPE.— Ellos son iguales a ustedes, señora.

MRS. ROSE.— Pepe quiere decir que ellos tampoco se han ocupado de él.

LA MADRE.— Claro, igual que nosotros. ¿Cómo te llamas?

PEPE.— Pepe.

LA MADRE.— Quiero decir tu verdadero nombre.

PEPE.— José.

LA MADRE.— Como mi hijo...

- MRS. ROSE. — Sí, pero siempre lo hemos llamado Pepe... es más informal el apodo.
- LA MADRE. — Sí, más familiar. Siempre pensé que eras antipático. Mi hijo, las pocas veces que hablábamos, siempre te mencionaba. Hasta llegué a sentir celos. Mi hijo decía quererte tanto. *(Llorosa.)* Creo que será mejor que me marche. Mañana temprano iré al cementerio.
- PEPE. — *(Sincero.)* Señora, siento mucho lo sucedido; pero pienso que ha sido lo mejor.
- LA MADRE. — ¿Lo mejor?
- PEPE. — Sí. Ya no tendrá más preocupaciones. Su primer matrimonio ahora podrá desaparecer de su vida para siempre. Ahora su marido no tendrá que preocuparse.
- LA MADRE. — No es tan sencillo, joven. Adiós, señora. *(Iniciando mutis.)* ¿Sus cosas?
- MRS. ROSE. — Dejó todo dispuesto.
- LA MADRE. — Claro. *(En la puerta.)* Si alguna vez recuerdan algo, alguna palabra hermosa que dijera sobre mí... llámenme. *(Entregándole a Mrs. Rose su tarjeta.)* Aquí tiene los teléfonos de mi oficina... a la casa sería inútil... *(Sale.)*
- MRS. ROSE. — ¿Arrepentido?
- PEPE. — ¿Por qué?
- MRS. ROSE. — ¿En qué piensas?
- PEPE. — Hoy todo ha sido tan extraño. Nunca pensé que vinieran los dos en un sólo día. Es algo tan increíble.
- MRS. ROSE. — ¿Y ahora?
- PEPE. — ¿Ahora?
- MRS. ROSE. — Sí, ahora.
- PEPE. — No sé. Quizas esperar a que las cosas se calmen y no se compliquen más.
- MRS. ROSE. — ¿Cómo vas a explicar su desaparición o mejor dicho su muerte?
- PEPE. — Al escribir es todo tan fácil.
- MRS. ROSE. — Sí, pero la realidad es otra, ¿no?
- LARA. — *(Entrando.)* Pepe, quisiera saber... *(Confusa.)* ¡José!
- PEPE. — Lara, ¿qué haces aquí?
- LARA. — Eso lo puedo preguntar yo. ¡No! Lo que pienso es imposible. Mrs. Rose, usted es su cómplice. Usted sabía todo. ¡Quítate ese disfraz! A todos puedes engañar... a todos menos a mí.
- PEPE. — Lara, todo tiene una explicación.
- MRS. ROSE. — Sí, Lara. Todo tiene una explicación.
- LARA. — Lo mataste y ahora quieres hacerte pasar por él para que el padre no te acuse de asesinato. ¡Es inmoral! Llamaré a la policía si no terminas lo antes posible esta farsa. Ahora, la verdad. ¿Por qué se suicidó José?
- PEPE. — No compliques más las cosas con tus preguntas.
- LARA. — ¿Complicarlas? Imposible. Es imposible complicarlas más de lo que están.

PEPE. — Lara, todo tiene una explicación y... aunque tú no quieras volverme a ver en tu vida... ya es hora de que sepas toda la verdad.

LARA. — No vengas ahora con tus historias. No te creeré. José me amaba. En el poco tiempo en que fuimos novios sé que me amaba.

PEPE. — Y si yo te dijera que te amo.

LARA. — ¡Cállate! Mrs. Rose, el padre de José tiene razón. ¡Asesino!

PEPE. — Es la verdad, te amo; pero no soy un asesino. *(Se quita los espejuelos y la gorra.)*
Aquí están las pruebas.

MRS. ROSE. — Lara, tienes que ser fuerte. La verdad quizás te duela más que la historia que hasta ahora conoces...

LARA. — ¿Qué historia?

PEPE. — ¿Has leído mi novela?

LARA. — Comencé, pero no tuve el valor de continuar. Luego bajó la mamá de José...

PEPE. — Lara, siempre me has considerado como un hombre amargado y lleno de hostilidades, un hombre incapaz de amar. ¿No es así?

LARA. — Así es.

PEPE. — ¿Nunca imaginaste que en mi corazón también podía entrar el amor?

LARA. — No vengas ahora con historias.

MRS. ROSE. — ¡Qué poco lo conoces! Lara, tienes que darle una oportunidad.

LARA. — Mrs. Rose, ahora, también usted...

PEPE. — Los seres humanos, Lara, somos vencidos por el amor. Por amor a ti hice todo lo que hice.

LARA. — ¡Cállate! No digas una palabra más. Por amor a mi también quieres hacerme cómplice de tu crimen.

MRS. ROSE. — ¡Crimen! No hubo ningún crimen, Lara. Compréndelo de una vez.

(Llaman a la puerta.)

LARA. — *(Abriendo.)* Adelante, señor. Ha llegado en el momento justo. Aquí frente a nosotros tenemos al responsable de la muerte de nuestro José.

EL PADRE. — *(Al entrar deja la puerta abierta.)* ¡Delincuente! *(Se le acerca y lo coge por el cuello.)*

MRS. ROSE. — *(Entre ellos.)* Leave him alone! Todo tiene una explicación.

EL PADRE. — ¡Todo tiene una explicación! El asesinato no tiene explicación.

MRS. ROSE. — No hubo asesinato.

EL PADRE. — ¡No repita la historia del suicidio! *(A Lara.)* Muchacha, en los altos de la farmacia hay sólo oficinas.

- LARA. — ¿Oficinas? ¿Pepe, dónde vives entonces? ¿Dónde? Dime, mentiroso. Estoy harta de tantas mentiras.
- EL PADRE. — ¿No es esa la gorra de mi hijo? ¿Qué hace vestido como él?
- LARA. — Señor, se vistió como él porque quería engañarnos a todos. A todos, no. Mrs. Rose es su cómplice.
- EL PADRE. — ¿Eso es cierto, Mrs. Rose?
- MRS. ROSE. — Cierto. En nuestra primera conversación se lo dije claramente. Quise siempre a su hijo, lo quise como si fuera propio... Por él haría lo que fuera.
- EL PADRE. — ¿Hasta encubrir su asesinato?
- MRS. ROSE. — Claro, en estos momentos creo que sí.
- LARA. — Hay que llamar a la policía. Ahora tenemos las pruebas.
- EL PADRE. — No, ahora soy yo quien quiere oír la verdad. (*Agarrando a Pepe.*) Habla, muchacho.
- PEPE. — Hablar, ¿quiere verdaderamente que hable? ¿Quiere oír toda la verdad, por más dolorosa que sea?
- EL PADRE. — Habla o no respondo de mí.
- PEPE. — Está bien, pero suélteme. (*Después de una pausa.*) Dicen que los escritores vivimos demasiado nuestras historias, que vivimos nuestras fantasías. En parte pienso que la gente tiene razón. (*Mirando a Lara.*) ¿Ha estado alguna vez enamorado, señor, verdaderamente enamorado? Yo sí. Lo estoy, pero mi amor no ha sido correspondido. Todo lo contrario, fui rechazado. Cada palabra, cada gesto mío, fue rechazado... amigablemente, pero rechazado.
- LARA. — Insinúas que soy responsable de todo.
- EL PADRE. — Déjelo hablar. Quiero conocer su historia.
- PEPE. — Ese nuevo dolor hizo que mis fantasías de escritor crearan un mundo diferente, una versión distinta de la realidad. Por eso los personajes de mi novela se parecen tanto a la realidad. Se parecen, pero no lo son. A usted no quise mentirle. Llegó en un momento inoportuno, eso es todo. A usted le dije la verdad. No la que está escrita en la novela, sino la verdad. José dejó este mundo para que yo fuera libre y pudiera conquistar a la mujer que amo. Su desaparición era necesaria.
- EL PADRE. — ¿Considera que su suicidio fue necesario? Yo creo, en cambio, que usted realmente fue el culpable de todo.
- PEPE. — Lo soy, pero no por los motivos que usted cree.
- MRS. ROSE. — José tenía que irse... ya había cumplido su parte.
- LARA. — ¿Qué absurdidad está diciendo, Mrs. Rose!
- MRS. ROSE. — No, no es tan absurdo lo que digo. (*A Lara.*) Cuando hace meses conociste a José, ¿que encontraste en él?

LARA. — Encontré al hombre ideal: un muchacho sincero, cariñoso, tierno...

MRS. ROSE. — Tan maravilloso que parecía no ser real, porque en el fondo no lo era.

EL PADRE. — Ahora empiezo a atar cabos... Usted... su cara me era familiar...

MRS. ROSE. — ¿Mi cara? Imposible.

EL PADRE. — Usted es la actriz. Aquella muchacha hermosa que abandonó su carrera cinematográfica por amor... ¡Eso es! ...por el amor de un hombre.

MRS. ROSE. — Aunque lo dude, me alegra ser reconocida, a pesar del pasar traicionero del tiempo.

EL PADRE. — Rose... Parker abandonó su carrera por salvar el amor o como decían todos por miedo a envejecer delante de la pantalla. Ahora está todo claro. Por eso su gata se llama Greta. Ella tampoco quiso envejecer frente a las cámaras.

MRS. ROSE. — Tiene razón. ¡Es horrible! Cuando te han admirado por tu belleza, es imposible que al final puedan soportar verte envejecer.

LARA. — ¿Actriz? Eso explica su magistral actuación, su engaño. Por eso le ha sido fácil ser su cómplice. Y por lo que he oído estaba dispuesta a seguir complicando esta farsa para engañarnos al señor y a mí. Porque si no es así, el disfraz de Pepe no tiene justificación.

EL PADRE. — ¿Disfraz?

LARA. — Pero no entiende nada. Trataba de suplantar a su hijo. Todo lo que tiene puesto le pertenecía.

EL PADRE. — ¡Canalla! La foto, ahora recuerdo.

PEPE. — Sí, la foto es la responsable de todo.

MRS. ROSE. — Siempre me gustó interpretar a otros seres. Yo soy la responsable de todo, esa foto y yo.

EL PADRE. — Cada vez entiendo menos. ¿Se ha vuelto loca?

MRS. ROSE. — Esa foto fue tomada hace más de un año, para carnaval.

LARA. — ¡Carnaval! Todavía no conocía a José.

MRS. ROSE. — Exactly!

EL PADRE. — ¿Entonces?

PEPE. — Entonces, cuando Lara me rechazó, cuando no me quiso...

LARA. — Nunca hubo una palabra directa.

PEPE. — No hacía falta.

EL PADRE. — ¿Entonces?

MRS. ROSE. — Entonces la foto me recordó una de mis películas, una en la que...

EL PADRE. — Acabe.

MRS. ROSE. — Pepe tenía que lograr el amor de Lara.

EL PADRE. — No entiendo que tiene que ver la foto de mi hijo con el amor de este otro muchacho.

PEPE.— Usted nunca entiende nada, señor, ahí está su problema.

EL PADRE.— ¡No seas insolente! ¡Basta de charlas! Llamaré a la policía.

(Entra La madre. al hacerlo Pepe se coloca nuevamente los espejuelos y la gorra.)

LA MADRE.— Perdonen...

MRS. ROSE.— Ahora estamos todos.

LA MADRE.— ¿Has regresado? Pensaba que te habías marchado de la ciudad.

EL PADRE.— ¿Marcharme?

LA MADRE.— Sí. Estuve hace un rato aquí para aclarar la situación del cementerio.

EL PADRE.— ¿Qué pasó en el cementerio?

LA MADRE.— Nada, una pequeña confusión; pero ya está todo aclarado. El joven me explicó...

EL PADRE.— ¿Y tú le creíste?

LA MADRE.— ¿Por qué razón debía dudar? ¿Qué sucede, Fernando? ¿Qué me ocultan?

LARA.— Señora, hemos sido engañados.

LA MADRE.— ¿Hemos sido engañados, quiénes?

LARA.— Ustedes dos y yo.

EL PADRE.— ¿No recuerdas a Rose Parker, la actriz?

LA MADRE.— ¿Qué tiene que ver esa actriz con nuestro hijo, con toda esta situación?

LARA.— Mucho, señora. Ahora creo que ella es la responsable de todo.

LA MADRE.— ¿Rose Parker? ¿Quién diablo sabe que fue de ella!

MRS. ROSE.— Está aquí frente a usted, señora. La gran Rose Parker, la hermosa Rose Parker. Aunque el tiempo haya sido cruel con su belleza, aquí la tiene frente a usted.

LA MADRE.— ¿Y?

EL PADRE.— Entre ambos, la señora y Pepe, han logrado engañarnos.

LARA.— Hasta el disfraz.

LA MADRE.— ¿El disfraz?

LARA.— Sí, Pepe pretendía hacerse pasar por su hijo.

LA MADRE.— ¡Imposible!

PEPE.— No creo que sea imposible, señora. Ahora estoy seguro que no.

EL PADRE.— Utilizó una foto de nuestro hijo para hacerlo, ¿entiendes?

LA MADRE.— No, no entiendo nada.

MRS. ROSE.— Para terminar esta velada, necesitaremos tener todos un poco de calma, señores.

LA MADRE.— Tiene razón. Regresé por mi sombrilla y ahora creo que voy a enloquecer.

LARA. — Por respeto a usted, por el respeto que hasta ahora creía que se merecía, trataré de calmarme.

EL PADRE. — Bien, continúe su historia.

PEPE. — ¿Quién trajo a José a esta casa, Lara?

LARA. — Era tu amigo... un amigo de mucho tiempo. Tú, tú lo trajiste. Vino a compartir contigo los gastos del apartamento.

PEPE. — Exacto. Y... encontraste en él todo aquello que no viste en mí.

LARA. — *(Confusa.)* Sí, pero...

PEPE. — José fue mi creación. Pensaba y actuaba como yo quería, como yo deseaba que lo hiciera para así poder lograr tu amor, para que vieras que también era capaz de ser tierno, cariñoso... que no era sólo el muchacho amargado y hostil que siempre encontraste en mí.

LARA. — Quieres decir que manipulaste su vida, que lo convertiste en tu marioneta.

PEPE. — Eso fue siempre. Una marioneta que mi imaginación manejaba a su gusto.

LARA. — ¡Asesino! No tenías que usar a tu amigote para vengarte de mí. ¡Todos los hombres son iguales! Se hacen cómplices para engañarnos.

EL PADRE. — Y mi hijo se prestó para esa farsa. Primero lo ayuda a engañar a esta joven y después se suicida.

MRS. ROSE. — ¡Su hijo no se suicidó!

EL PADRE. — Claro, fue asesinado.

LA MADRE. — *(Junto a la estantería donde está la foto.)* Dime, muchacho...

PEPE. — ¡Pepe, señora!

LA MADRE. — Dime, Pepe... ¿tanto odias a tus padres?

PEPE. — ¿Odiarlos? ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso cree que tengo motivos?

LA MADRE. — Debes odiar mucho para haber hecho lo que hiciste.

PEPE. — No se odia cuando no se conoce, señora.

LA MADRE. — *(Después de recoger su sombrilla.)* Fernando, me voy. Hemos sido víctimas de un engaño.

EL PADRE. — ¿Nosotros? Eso ya lo había comprendido hace tiempo. Todo esto ha sido una confabulación de ellos dos.

LA MADRE. — Tienes razón, una confabulación.

PEPE. — Ustedes no tenían porque hacer caído en ella. Todo estaba perfectamente calculado y... con la desaparición de José...

MRS. ROSE. — Él hubiera comenzado a ganarse el cariño de Lara.

LARA. — ¡Basta, basta ya!

MRS. ROSE. — Pepe hubiera poco a poco demostrado su sinceridad y con el tiempo lo hubieras perdonado y... José se hubiera convertido en sólo un recuerdo hermoso.

LARA. — ¿Perdonarlo? Ahora que sé que fue el responsable del suicidio del hombre que amé.

LA MADRE. — No hay porque alarmarse, pequeña. Todo tendrá una solución.

EL PADRE. — ¿Qué quieres decir?

LA MADRE. — Mira bien esta foto, Fernando.

EL PADRE. — Ya antes la vi. No sé qué tiene de particular.

LA MADRE. — Fernando, uno de ellos es tu hijo.

EL PADRE. — Claro, eso lo sé y el otro es... su asesino.

LA MADRE. — No, El otro es su verdadero yo.

EL PADRE. — ¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

LA MADRE. — *(Lentamente se acerca a Pepe y le quita la gorra y los espejuelos.)* Fernando, éste es José, tu hijo.

TELÓN

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ANTONIO GARCIA DEL TORO nació en Mayagüez, Puerto Rico (1950). Es dramaturgo, director de teatro y profesor de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto Metropolitano. Su formación académica es fruto de sus estudios en la Universidad de Puerto Rico donde obtuvo los grados de Bachillerato en Artes con concentración en Drama y Estudios Hispánicos, Maestro en Artes y Doctor en Filosofía y Letras. En Roma asistió a cursos en dirección escénica en la Accademia Nazionale D'Arte Drammatica "Silvio D'Amico."

Durante los últimos quince años ha enseñado cursos de lengua y literatura hispánica, humanidades, italiano y teatro. Sus trabajos sobre crítica literaria, publicados en diversas revistas especializadas, han iluminado temas claves del teatro puertorriqueño e hispanoamericano. Obras de cuidada y rigurosa investigación son

sus libros *Mujer y Patria en la dramaturgia puertorriqueña y 24 siglos después: comedia*, detallado estudio y adaptación del teatro griego. Su interés por el estudio del idioma lo ha llevado a publicar los textos *300 millones y tú*, manual para el estudio del español como lengua vernacula, *Un cuaderno y algo más* y *Puntos de partida*, manuales de ejercicios de redacción.

García del Toro ha realizado una valiosa aportación al teatro puertorriqueño desde diferentes planos en que ha participado activamente: producción, actuación, escenografía, diseño de vestuario y utilería. Destacan sobre todo su excelente ejecutoria como director y su fructífera obra como dramaturgo. Entre sus piezas dramáticas han sido galardonadas: *Metamorfosis de una pena* (Premio de Instituto de Cultura Puertorriqueña; estrenada en el Centro de Bellas Artes en mayo de 1986); *Hotel Melancolía* ("Premio René Marques 1986"; publicada por Playor y estrenada en el Centro de Bellas Artes en diciembre de 1989); *Donde reinan las arpías* ("Premio Nacional de Teatro 1990"; publicada por

Playor y que será estrenada en febrero de 1992); *La Primera Dama* ("Premio Letras de Oro 1990-1991", reconocimiento que lo vincula decididamente con los más destacados escritores hispanos contemporáneos) y *El cisne de cristal* ("Premio René Marques 1990"). Otras obras del autor son: *Guerra menos guerra igual a sexo*, *Los que se van se divierten con las flores del camino*, *Un aniversario de larga duración* o *El "long-playing" de nuestra historia*, *Los perros del obispo*, *Crónica de un hombre marginado*, *Juegos en el espejo*, *Ventana al sueño* y *El brindis de las cacatúas*.

